Capítulo 7

Las repercusiones diplomáticas de la elección imperial

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN, MANUEL RIVERO RODRÍGUEZ Y HENAR PIZARRO LLORENTE

El acceso del Rey Católico a la dignidad imperial comportó un nuevo desequilibrio en el marco político de la Cristiandad, manifestándose de manera más clara en el laboratorio diplomático que representaba Italia, la arena política de Europa. En un universo político tejido sobre el principio de la balanza de poder entre las monarquías de España y Francia, cuyo fiel lo constituía la Santa Sede, la unión bajo una misma persona de la corona imperial y del título de rey católico anunciaba vientos de guerra. La potencia del nuevo soberano, debida a su dignidad superior, riqueza y posesiones patrimoniales, fue vista como una amenaza para la «libertad» de las potencias europeas y principalmente para Francisco I de Francia, quien tenía motivos para temer no sólo una pérdida de influencia en el tablero político europeo (con su previsible expulsión del suelo italiano) sino incluso verse subordinado e integrado bajo la autoridad del emperador, si éste, como manifestaban algunos de sus principales consejeros, aspiraba a la «Monarquía Universal» (defendida con calor por su Gran Canciller, Mercurino Arborio di Gattinara). De esta manera, en la década transcurrida entre 1519 y 1529 se jugó sobre Italia una intensa partida de ajedrez en la que imperiales y franceses compitieron tenazmente para tomar posiciones de ventaja respecto a su contrario y hacerse con una posición hegemónica. Entre bastidores, la Santa Sede, se esforzó por emplear la emulación de ambos partidos en su provecho y, por medio de la preservación del equilibrio, mantener una posición preeminente y arbitral que acabaría por volverse en su contra [700].

7.1. LA PRIMERA GUERRA ENTRE CARLOS V Y FRANCISCO I

7.1.1. *Desde la reacción de Francisco I a la hegemonía Habsburgo*

La muerte del emperador Maximiliano, el 12 de enero 1519, motivó que Francisco I intentara ser nombrado emperador. Aunque desde finales de 1516, diversos electores mostraron su apoyo al rey francés, el dinero de Carlos V hizo que la mayor parte de ellos cambiasen su voto [701]. En consecuencia, el 22 de octubre

[700] Esta política ya venía de antes, M. GATTONI, *Leone X e la geo-politica dello Stato pontificio (1513-1521)*. Città del Vaticano 2000, cap. III.-«Inter Helveticos, Hispanos Imperialesque. La guerra como strumento di pace desiderable (1514-1515)», págs. 89-102.

[701] Las negociaciones con Francisco I, así como las que llevaron a ser elegido emperador, fueron llevadas a cabo por personajes flamencos, A. J. LE GLAY, ed., *Négotiations diplomatiques entre France et l'Autriche durant les trente premières années du XVIe siècle*. París 1845, págs. 182 ss; y en *Tratados internacionales de España. Período de Preponderancia española. Carlos V*. Madrid 1982, III-I,

de 1520, Carlos de Habsburgo era coronado rey de Romanos. Dos días después, León X le concedía el título de «Emperador Romano electo», después de intensas negociaciones de los embajadores hispanos (Jerónimo de Vich y Luis Carroz) en Roma [702]. Ahora bien, para llegar a ser emperador con pleno derecho necesitaba recibir la corona de Carlomagno de manos del propio pontífice. Esto era algo que había ansiado profundamente Francisco I ya que era una dignidad por encima de todas las monarquías, lo que daba capacidad de intervenir legalmente en los territorios italianos [703], y temía que si Carlos V obtenía dicha corona invadiría Milán, lo que de ninguna manera estaba dispuesto a consentir. A nuestro juicio, los acontecimientos que condujeron a la primera guerra entre ambos monarcas se comprenden mejor si se enfocan como parte de un proyecto que pensó Francisco I con el fin de prevenir que Carlos V controlase Italia [704].

En efecto, el monarca francés ya había planificado ir personalmente a dicha península en el otoño de 1520 con el fin de adelantarse a las posibles actuaciones de Carlos, pero una serie de acontecimientos fortuitos se lo impidieron [705]. Para que su proyecto tuviera éxito, se vio obligado a distraer la atención del emperador suscitándole problemas en otros territorios lejanos a los de Italia, para ello contó con la ayuda de Roberto de La Marck, señor de Sedán, y de Enrique Albret, rey de Navarra. El primero invadió Luxemburgo con un ejército preparado por él mismo [706], mientras el segundo invadía Navarra. La respuesta no se hizo esperar. En abril, un ejército imperial al mando de Nassau no solo expulsaba a La Marck de Luxemburgo, sino que además llevaba la guerra al propio señorío de Sedán. En el sur, aunque los franceses habían aprovechado la desorganización que existía en Castilla a causa de la revuelta de las Comunidades, para invadir la península con un ejército al mando de André de Foix, señor de Lasparre, la suerte no les fue favorable, pues a los pocos días tenían que retroceder ante la coalición de nobles castellanos que salieron a defender los territorios [707]. Tampoco le fueron bien las cosas a Francisco I en Italia, ya que el 29 de mayo de 1521, León X firmaba un tratado secreto con el emperador en el que prometía coronarle en Roma, al mismo tiempo que le reconocía como rey de Nápoles [708].

Así pues, al comenzar el verano de 1521, la situación para Carlos V parecía que se volvía favorable y conseguía rechazar el primer ataque de Francisco I, pues había conseguido realizar una alianza con los ingleses para que invadiesen el norte de Francia; en el sur, Navarra había vuelto a manos de Castilla; además, el Papa se había convertido en aliado imperial [709] y, finalmente, el control que ejercía Francia sobre Milán era preca-

---

págs. 150 ss. Las gestiones para la consecución de los créditos que fueron a parar a los electores alemanes, H. KELLENBENZ, *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*, Junta de Castilla y León 2000, págs. 75-80, así como algunas operaciones financieras motivadas por la guerra que al poco comenzó.

[702] Jerónimo de Vich, barón de Llaurí, fue nombrado embajador ante la Santa Sede en 1507 (barón de TERRATEIG, «La embajada de España en Roma en los comienzos de Carlos V (1516-1519)». *Anales del Centro de Cultura valenciana*, 19 (1958), págs. 120 ss. L. SERRANO, *Archivo de la embajada de España cerca de la Santa Sede*. Roma 1915, pág. XXIX). Blanco de las críticas del partido castellano, compartió las tareas diplomáticas con Pedro de Urrea desde 1516, y a la muerte de éste en 1518, siguió al lado del nuevo embajador, Luis Carroz. La experiencia que tenía, debió motivar a Carlos V para no quitarlo de la embajada hasta que llegó don Juan Manuel en 1520 (L. NÚÑEZ CONTRERAS, *Un registro de Cancillería de Carlos V*. Madrid 1965, pág. XXXVIII.). Vich jugó un papel esencial en la elección de Carlos V para la corona imperial, lo que el pontífice no veía con buenos ojos. Jerónimo de Vich y Luis Carroz visitaron asiduamente a Su Santidad con el fin de convencerle y darle seguridad del respeto y devoción que le mantendría Carlos; para ello, además, debieron ganarse la amistad y el apoyo del cardenal Julio de Médicis, sobrino del papa (*Ibídem*, doc. XC.). Por su parte, Francisco I pretendía convencer al pontífice de lo contrario. Luis Carroz era embajador de Carlos V en Roma desde junio de 1518, antes había sido embajador en Inglaterra y a la muerte de Pedro de Urrea, le sustituyó en Roma, si bien, Carlos V quiso que, junto a él, estuviera Jerónimo de Vich. Hubo de ganarse a buena parte de los cardenales para la causa de Carlos V (L. NÚÑEZ CONTRERAS, págs. 15-19).

[703] Otros monarcas franceses ya habían intentado ser coronados emperadores: G. ZELLER, «Les rois de France candidats à l'Empire». *Revue Historique*, 173 (1934), págs. 273-311, 497-534. M. FRANÇOIS, «L'idée d'empire en France à l'époque de Charles-Quint», en: *Charles Quint et son temps*. Paris 1959.

[704] Una síntesis clarificadora de las guerras Valois-Habsburgo en, A. JOUANNA, *La France du XVIe siècle (1483-1598)*. París 1997, págs. 180 ss.

[705] J. BARRILLON, *Journal de Jean Barrillon, secrétaire de canceliers Duprat, 1515-1521*. París 1897-1899, II, pág. 176.

[706] J. DU BELLAY, *Correspondence du cardinal Jean du Bellay*, ed. R. SCHEURER, 2 vols., París 1969-1973, I, págs. 106-114.

[707] P. DE SANDOVAL, I, págs. 457-460.

[708] L. SERRANO, *Primeras negociaciones de Carlos V, Rey de España, con la Santa Sede*. Escuela española en Roma 1914, docs. II y III.

[709] Estas negociaciones eran llevadas por don Juan Manuel, cuya designación de embajador en Roma, coincide un cambio de actitud de León X respecto a Carlos V. Cambio determinado por dos causas: la actitud intolerante de Francisco I y el peligro que supondría para la Iglesia que el emperador se inclinara del lado luterano. Véase, K. BRANDI, II, págs. 65, 69, 119, 122, 126.

rio. En junio, Francisco I aceptaba el ofrecimiento que le había propuesto Enrique VIII de mediar en su nombre ante el emperador para buscar la paz y enviaba una delegación a Calais (20 de junio) para hablar con los representantes ingleses encabezados por Wolsey. El monarca francés necesitaba la paz y ofrecía una tregua a Carlos V, recordándole que le vendría bien para resolver los problemas internos que tenía en sus reinos (Comunidades y Germanías). Sin embargo, no todos los consejeros del emperador veían con agrado esta oportunidad; Gattinara aconsejaba que el objetivo imperial era dominar Italia y esta ocasión se presentaba propicia dada la crítica situación que atravesaba Francisco I; por otra parte, no resulta fácil de interpretar la actitud que guardó Wolsey como mediador. Un detenido análisis de la evolución posterior de los acontecimientos induce a pensar que tuvo en mente favorecer una alianza anglo-imperial, si bien, mantuvo una actitud receptiva hacia las propuestas de Francia durante el encuentro en Calais con el fin de sacar tiempo para preparar mejor a Inglaterra a la hora de realizar una campaña contra Francisco I [710]. Ello se confirma cuando nada más acabar el encuentro, Wolsey se dirigió a Brujas para firmar una alianza con el emperador, el 23 de agosto, en la que el monarca inglés se comprometía a hacer la guerra a la Monarquía francesa a menos que las hostilidades entre Francisco I y Carlos V hubieran finalizado para el mes de noviembre. Así mismo, la hija de Enrique VIII, María, era sustituida por Carlota, hija del monarca francés, como posible boda con el joven emperador. Mientras tanto, un ejército imperial al mando de Nassau atacaba el noroeste de Francia, obligando a Francisco I a enviar tropas y a gastar unos dineros que no tenía. Las guerras continuaron en dicha región durante el otoño hasta que la llegada del invierno obligó a cerrar la campaña, quedando toda la región devastada [711].

Así pues, la conferencia de Calais había terminado el 22 de noviembre y dos días más tarde, Wolsey firmó el tratado con el emperador en Brujas, por el que Inglaterra entraba en la guerra de parte imperial [712]. Francisco I utilizó el invierno para rehacer sus tropas y preparándose para una nueva campaña militar, para lo que reclutó gente en Normandía y contrató suizos. Por su parte, los imperiales preparaban una ofensiva en el norte de Italia con el fin de llegar a Milán [713]. La muerte de León X, el 1 de diciembre de 1521, añadió un nuevo elemento de tensión a la situación italiana. El monarca francés vio con recelo la reunión del cónclave que debía elegir nuevo pontífice; incluso llegó a amenazar con retirar su fidelidad a la Santa Sede si salía elegido Julio de Medicis, líder del grupo de cardenales partidarios del emperador, por lo que el Sacro Colegio eligió a Adriano de Utrecht [714]. La elección llenó de consternación a la familia real francesa, que llegó a pensar en separarse de Roma; pero Adriano supo calmar la situación no alineándose con el bando imperial a pesar de haber sido el tutor de Carlos [715].

En marzo de 1522, Lautrec, cuyo ejército había sido reforzado con los suizos contratados por Francisco I, abandonaba Milán y marchaba hacia Pavía, lo que, a su vez, permitió a Sforza reforzar la guarnición. Mientras tanto, las tropas imperiales, al mando de Colonna, llegaban a las cercanías de dicha ciudad y amenazaban la retaguardia del ejército francés hasta el punto de que llegaron a conquistar la cartuja de Milán. Como consecuencia, el mariscal francés abandonó Pavía y marchó al norte –mientras Colonna le seguía a distancia– deteniendo el ejército en un lugar denominado La Bicoca. Lautrec, que se veía amenazado por el ejército que le seguía, consideró una locura atacarle en esta situación, pero los soldados suizos creyeron que era el momento más propicio. El resultado fue desastroso; la artillería imperial diezmó al ejército francés, con lo que Lautrec se quedó sin ejército para controlar Lombardía, teniendo que regresar a Francia completamente amargado [716]. Poco tiempo

[710] Así se desprende del trabajo de P. GWYN, «Wolsey's Foreing Policy: The Conferences at Calais and Bruges reconsidered». *Historical Journal*, 23 (1980), págs. 755-772. La política seguida por el rey en J. J. SCARISBRICK, *Henry VIII*. Londres 1968, págs. 79 ss. Sobre la actividad de Wolsey, D. STARKEY, *The Reign of Henry VIII*. Londres 1991, págs. 64 ss.

[711] La repercusión de esta guerra en la región ha sido estudiada por D. POTTER, *War and Government in the French Provinces: Picardy 1470-1560*. Cambridge 1993, págs. 200-232.

[712] J. S. BREWER, J. GAIRDNER y R. H. BRODIE, eds., *Letters and Papers, Foreing and Domestic, of the reign of Henry VIII*, III, núms. 1728, 1802.

[713] Jean du BELLAY, *Correspondence du cardinal Jean du Bellay*, I, págs. 191-202.

[714] Sobre la estrategia seguida para la elección pontificia de Adriano, M. A. OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española. La diplomacia de Carlos V*. Madrid 1999, págs. 131-132.

[715] L. PASTOR, IX, págs. 32-36. F. MIGNET, *La rivalité de François Ier et de Charles-Quint*. París 1875, I, pág. 354.

[716] F. GUICCIARDINI, *Historia de Italia*. Madrid 1890, V, págs. 99-101. B. DE CHANTÉRAC, *Odet de Foix, vicomte de Lautrec*. París 1930, págs. 70-77.

después, Lascun entregaba Cremona. El 30 de mayo, la derrota francesa se completaba con la capitulación de Génova. En conclusión, al comenzar el verano de 1522, solamente permanecían en manos francesas los castillos de Milán y Cremona.

La derrota que sufrió la Monarquía francesa en Italia fue acompañada por la entrada de Inglaterra en la guerra del lado del emperador ya que, a finales de mayo, Carlos visitaba a Enrique VIII, de vuelta a Castilla desde los Países Bajos, llegando a un acuerdo mediante el cual, Enrique se comprometía a enviar un ejército a Calais en el mes de agosto. La ruptura de la paz por parte inglesa sorprendió a Francisco I en Lyón [717], preparando la invasión a Italia, donde debía hacer frente a una coalición hostil que incluía a Venecia y a la Santa Sede, que Adriano VI había realizado para atacar a los turcos, quienes, a su vez, habían conquistado la isla de Rodas en diciembre de 1521. En marzo de 1522, el Pontífice había llamado a los príncipes cristianos para participar en la empresa; pero Francisco I pensaba en controlar Milán y no aceptó; al contrario, intrigaba en la corte romana enviando comprometedoras cartas al cardenal Soderini, líder de la facción francesa en el Sacro Colegio, que cayeron en manos del cardenal Medicis. Adriano ordenó el arresto de Soderini y el cardenal Medicis, que se había retirado a Florencia desde el último cónclave, retornó triunfante a Roma [718].

7.1.2. *En pos de la llave de Italia: Actividad diplomática de Lope de Soria en el Norte de Italia y Suiza*

Lope de Soria fue un hábil y sagaz diplomático procedente del servicio de Fernando el Católico. Participó con Luis Carroz en las negociaciones que llevaron a León X a cambiar de actitud en el proceso de la elección imperial de Carlos V[719], haciéndole ver que convenía más a la Santa Sede apoyar la candidatura del Rey Católico que la del Rey Cristianísimo[720]. Su reputación por este éxito y sus buenas relaciones en el séquito del joven emperador, hicieron que se depositara en él la máxima confianza y cargase bajo sus espaldas con la responsabilidad de articular la diplomacia imperial en el Norte de Italia a partir de dos centros muy sensibles para la misma: Génova y los cantones suizos.

La misión de Génova, donde fue destacado con las credenciales de embajador imperial, tenía por objeto materializar el arbitraje imperial para poner fin a las tensiones banderizas de dicha ciudad y evitar la guerra civil[721]. La mediación, así mismo, garantizaría el apoyo genovés a la política imperial en Italia, como puerto de acceso privilegiado a Lombardía.

La situación interna de Génova estaba lejos de ser sencilla. La lucha faccional entre los Adorno y los Fregoso se remontaba a mucho tiempo atrás. A lo largo del siglo XV, ambos partidos habían buscado el apoyo externo a sus pretensiones, colocando a la República alternativamente bajo la protección de los reyes de Francia y los duques de Milán[722]. Desde julio de 1513, en virtud del pacto firmado entre el virrey de Nápoles, Ramón de Cardona, y Ottaviano Fregoso, la República abandonó la protección francesa por la de las armas del Rey Católico[723].

---

[717] J. S. BREWER, J. GAIRDNER y R. H. BRODIE, eds., *Letters and Papers, Foreing and Domestic, of the reign of Henry VIII*, III, núms. 2290-2292, 2309.

[718] K. J. P. LOWE, *Church and Politics in Renaissance Italy: The life and Career of Cardinal Francesco Soderini, 1453-1524*. Cambridge 1993, págs. 131-135. L. PASTOR, IX, págs. 175- 200.

[719] En la carta que Carlos I remitió al papa, fechada en Barcelona el 17 de abril, refería: «...determinamos enviar a Vuestra Beatitud a Lope de Soria, uno de nuestros familiares, muy querido de nos...» (L. NÚÑEZ DE CONTRERAS, *Un registro de la cancillería de Carlos V. El Ms. 917 de la BNM*. Madrid 1965, pág. 233). Con la misma fecha, el rey remitió una carta al Cardenal de Cornaro para que apoyase las gestiones de Soria (RAH, 9/1951, núm. 5).

[720] León X, en principio, tampoco consideraba conveniente la elección del monarca francés, puesto que prefería la designación de un elector del Imperio. No obstante, en la disyuntiva entre Francisco I y Carlos I, se inclinaba por el primero, sobre todo para evitar la unión del reino de Nápoles y del título imperial en una misma persona. En torno a estas cuestiones, véase, L. SERRANO, «Primeras negociaciones de Carlos V, rey de España, con la Santa Sede (1516-1518)». *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma* 2 (1914), págs. 21-96; Barón de TERRATEIG, «La embajada de España en Roma en los comienzos del reinado de Carlos V (1516-1519)». *Anales del Centro de Cultura valenciana* 19 (1958), págs. 163-168; L. NÚÑEZ CONTRERAS, *op. cit.*, págs. LXX-LXXVI.

[721] RAH, 9/1951, núm.10.

[722] V. CADENAS Y VICENT, *El protectorado de Carlos V en Génova. La «condotta» de Andrea Doria*. Madrid 1977, págs. 11-23.

[723] CODOIN, vol. 8, pág. 261; M. BALLESTEROS-GAIBROIS, *op. cit.*, pág. 45.

Los Adorno, obligados a exiliarse, iniciaron, en el mes de noviembre, acciones bélicas para volver a tomar la población, ayudados por tropas suizas y con el apoyo de Maximilano Sforza. Por su parte, Fernando el Católico, envió un agente a Génova, Ramiro Núñez de Guzmán, con la intención de esclarecer las informaciones que apuntaban la existencia de tratos secretos del Dogo Octaviano Fregoso con Francia. En este sentido, el mismo procuraba que los franceses abandonasen la fortaleza de Codefa o de la Lanterna, al mostrarse inútil el asedio al que estaban sometidos desde enero de 1512[724].

Con la llegada de Francisco I al trono francés y la cambiante situación a la que se vio sometido el Milanesado, Octaviano Fregoso inició contactos con don Carlos de Borbón, condestable de Francia y gobernador de Milán, en 1515. A pesar de que el Dogo genovés había alcanzado el poder gracias al apoyo procurado por las tropas hispanas y pontificias, su deseo de perpetuarse en el ejercicio del mismo le llevó a buscar el entendimiento con Francia[725]. Según la concordia alcanzada, en compensación por renunciar al título de Dogo y ponerse bajo la tutela gala, quedaba como gobernador con carácter perpetuo y percibía diversas rentas y beneficios económicos. Si bien Maximiliano Sforza y los Adorno trataron de variar esta situación a través del empleo de la fuerza, la victoria francesa en Marignano favoreció la alianza entre Francisco I y Octaviano Fregoso, por lo que Génova quedó bajo el influjo francés en octubre de dicho año[726].

Desde principios de 1519, tanto León X como Carlos I proyectaban una ofensiva conjunta sobre Génova que depusiese a Octaviano Fregoso y propiciase su sustitución por los Adorno, vinculados al Imperio[727]. Sin embargo, estos planes no se llevaron a cabo hasta 1521. La liberación de Génova del dominio francés estuvo directamente relacionada con el devenir de las campañas que se desarrollaban en el Milanesado. Fue, tras la victoria de Biccoca, cuando el ejército de la Liga pudo ocuparse de Génova. Las tropas hispano-pontificias, así como las aportadas por los Adorno y los Fieschi, entraron en la ciudad el 30 de mayo de 1522. Mientras que Octaviano Fregoso era conducido prisionero a Nápoles, Antoniotto Adorno asumía el título de Dogo con la protección y apoyo de Carlos V[728]. Por su parte, Andrea Doria, que actuaba al servicio de la República de Génova, prefirió ponerse bajo las órdenes de Francisco I. Consciente el monarca francés de la importancia de contar con esta flota, ofreció a Doria un contrato por seis años, con una paga anual que oscilaba entre los veinticinco y treinta mil ducados[729].

Como puede apreciarse, la competencia entre Francisco I y Carlos V se desarrollaba, principalmente, al margen de los campos de batalla, procurando extender su influencia y sus redes clientelares entre los potentados italianos. El virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, comprendía perfectamente la importancia de los lazos con los potentados y, por orden del emperador, articuló una densa trama en el área alpina, donde Génova iba a jugar el papel de llave de Italia. En las instrucciones que Lope de Soria recibió de Lannoy, se especificaba el amplio periplo que debía realizar antes de incorporarse a la embajada en Génova. Después de acudir a Roma y recibir las indicaciones del duque de Sessa, que había sustituido a Juan Manuel, debía tratar con el papa y diversos Cardenales, para quienes portaba credenciales. Posteriormente, tenía que viajar a Siena y Luca previo paso por Florencia, donde recabado el apoyo del Cardenal de Medecis, podría negociar mejor la contribución de dichos territorios a la conformación de la Liga contra Francia. Por último, había de ir a Milán para informar al duque y a Próspero Colonna del resultado de sus gestiones. Éste último estaba encargado de advertir a Soria del estado de los asuntos de Génova, así como de los pasos que era

[724] El establecimiento de una acuerdo entre las partes puso fin a esta situación en agosto de 1514, cuando pudieron salir las tropas que se hallaban sitiadas en el castillo. Unos meses después, la fortaleza fue demolida. En torno a las instrucciones recibidas por Núñez de Guzmán, véase, J. M. DOUSSINAGUE, *El testamento político...*, págs. 60-62, 203-204, 240-243.

[725] G. DE LEVA, *Storia documentata di Carlo V*. Venezia 1863, I, págs. 209-210.

[726] El cambio de situación conllevó la expulsión del embajador Núñez de Guzmán (J. M. DOUSSINAGUE, *El testamento político...*, págs. 115-116, 150, 500-505).

[727] Véase la carta que don Juan Manuel remitía a Carlos V el 25 de septiembre de 1520 (G. DE BAEZA, «Vida del famoso caballero don Hugo de Moncada». CODOIN, vol. 24. Madrid 1854, pág. 302).

[728] G. DE LEVA, *op. cit.*, II, pág. 142. Existió una importante vinculación de los hermanos Fregoso con la cultura renacentista. En concreto, Castiglione atribuyó a Federico el mérito de haber propuesto el argumento esencial de *El Cortesano*, e hizo aparecer a Octaviano en importantes fragmentos de su obra, principalmente, en el libro cuarto. Su recuerdo perduró en el escritor tras su muerte bajo la prisión del marqués de Pescara en 1524 (V. CIAN, *Un Illustre Nunzio pontificio del Rinacimiento Baldassar Castiglione*. Città del Vatticano 1951, pág. 151). La comunicación de su fallecimiento por parte de Lope de Soria a Carlos V en CODOIN, vol. 26, pág. 58.

[729] V. CADENAS Y VICENT, *El protectorado de Carlos V en Génova. La «condotta» de Andrea Doria*. Madrid 1977, págs. 11-23.

conveniente seguir para lograr la participación de sus galeras. En este sentido, debía representar la necesidad que el emperador tenía de las mismas para defender las costas italianas de los ataques provenientes de los musulmanes del Norte de África, especialmente de Túnez y Trípoli, cuyas incursiones provocaban efectos especialmente devastadores en Sicilia. Igualmente, la aportación de la flota genovesa era esencial para defender el comercio de los ataques corsarios, así como para hacer frente al expansionismo turco [730].

El embajador llegaba a Milán el 6 de mayo de 1523. Portaba ocho mil escudos de los veinte mil con que Florencia se comprometía a contribuir. Sin embargo, la respuesta obtenida de Siena fue que enviaría a un delegado ante el duque de Sessa para representar la penuria que atravesaban a causa de los gastos efectuados en la guerra contra el duque de Urbino y Renzo de Chieri. Por su parte, Luca se había negado abiertamente a realizar cualquier aportación de dinero, aunque la posterior mediación de Sessa condujo a que se aviniesen al requerimiento. Así pues, la mayor carga de la contribución debía ser asumida por los duques de Milán y Génova [731].

De este modo, Soria se asentaba en la embajada de Génova, asumiendo un cargo que le procuraría una especial relevancia política. Si bien sus atribuciones como embajador y el trato con los banqueros genoveses constituían una enjundiosa labor, su importancia en el devenir de la política desarrollada por el emperador en los territorios italianos venía determinada por otra cuestión. Soria se convertía en una pieza esencial de la comunicación entre Carlos V y los servidores imperiales. Su actividad en Génova le significaba como el transmisor más ágil de las noticias provenientes de Italia con destino a la Corte carolina. Sus cartas al emperador reflejan una crónica pormenorizada de sucesos, avisos y opiniones procedentes de todos los puntos de la Península itálica. Igualmente, Carlos V solía enviar sus órdenes al embajador como vía más rápida para que éstas llegasen a su destinatario final. Sin duda, este condicionante hacía de Soria una de las personas mejor informadas de Italia, y en un referente obligado de la política imperial en dichos territorios durante la segunda década de la centuria [732].

No obstante, llegado a su destino, don Lope encontraba mayor resistencia de la esperada [733]. En julio de 1523, Carlos V hubo de alentar a Antoniotto Adorno para que contribuyese militarmente a la Liga establecida contra Francia, y le remitía a las informaciones que sobre la situación le podían proporcionar Próspero Colonna y el propio Soria [734]. Sin embargo, el duque supo aprovechar esta situación forzada para favorecerse en la pugna faccional que mantenía con los Fregoso. Conformada la armada, fue utilizada para arrebatar a éstos ciertos territorios que poseían en la costa. Para ello, se argumentó que proporcionaban refugio a corsarios y forajidos. Por su parte, los Fregoso hubieron de buscar cobijo para sus naves en el puerto de Marsella [735].

Vencidas las reticencias del duque, el embajador hubo de afrontar los dificultosos tratos con los banqueros genoveses. Sus relaciones fueron especialmente asiduas con Ansaldo Grimaldi. En el mes de agosto, Soria informaba cómo Génova había mantenido conversaciones con el Señor de Mónaco para comprar su territorio. El negocio se había encargado a dicho banquero, pero cuando éste se disponía a concertar la transacción, el vendedor fue asesinado por uno de sus sobrinos en entendimiento con Andrea Doria. En consecuencia, Mónaco pasaba a manos de un hermano del difunto, que ostentaba el obispado de Grassa en Provenza. Los esfuerzos de Lope de Soria se centraron en obtener la adhesión del prelado al bando imperial [736].

---

[730] En la instrucción, Lannoy encargaba al embajador que se informase en Milán sobre si Pero Ramírez había cumplido con el encargo recibido sobre la preparación de diversas armas y equipamientos militares. En su primera entrevista con el duque de Génova, Soria debía representar el pesar que había causado la muerte de Jerónimo Adorno (RAH, 9/1953, núm. 174).

[731] Sobre las noticias que el abad de Nájera procuraba a Carlos V acerca de estas negociaciones, véase, E. PACHECO DE LEYVA, *La política española en Italia. Correspondencia de Fernando Marín, abad de Nájera, con Carlos I*. Madrid 1919, págs. 402-403.

[732] En este sentido, las quejas de Carlos V a Lope de Soria fueron frecuentes si éste, por alguna circunstancia, se distraía en la ejecución de este cometido (CDCV, I, págs. 85-92).

[733] Véase la carta que Antoniotto Adorno dirigió a Carlos V, fechada el 1 de junio (RAH, «Salazar» A-28, fols. 125-128). Sobre los motivos de desconfianza de éste hacia el embajador, A. PACINI, *La Genova di Andrea Doria nell'Imperio di Carlo V*. Firenze, s. a., págs. 209-210.

[734] «Lo demás lo sabrán por Lope de Soria a quien tendrás la misma confianza que a nos mismo» (L. NÚÑEZ CONTRERAS, *op. cit.*, págs. 354-355). Por su parte, Fernando Marín aconsejaba al emperador que recurriese a las amenazas para forzar a Génova al pago requerido (E. PACHECO DE LEYVA, *op. cit.*, págs. 410-411).

[735] G. DE BAEZA, *op. cit.*, págs. 317-319.

[736] Sobre el desarrollo de las conversaciones, véase, CDCV, I, págs. 90-94; M. A. OCHOA BRUN, *op. cit.*, V, pág. 164; A. PACINI, *op. cit.*, págs. 205-208.

La actitud remisa mantenida por los hombres de negocios a hacer efectivos los cambios, provocaban diversos problemas derivados del impago de las tropas. En los primeros meses del ejercicio de su embajada, Soría mantenía que la renuencia de Grimaldi estaba provocada por el adeudamiento de créditos anteriores. El embajador lograba recabar la ayuda del duque de Génova para presionar al banquero, si bien ambos, junto a don Hugo de Moncada, hubieron de adoptar la resolución de obligarse a la restitución del préstamo de manera personal ante la urgente necesidad de obtener fondos por la gravedad de la situación en Milán . Igualmente, rogaba a Carlos V que no se siguiese tratando desconsideradamente a los mercaderes e intermediarios de los hombres de negocios genoveses en la Corte, pues ello dificultaba las negociaciones [737].

No obstante, la diversidad de intereses existentes en torno a la contribución genovesa a la guerra contra Francia vino a dificultar el cometido del embajador y a completar su visión sobre esta cuestión. Así, la euforia exhibida por don Lope cuando se produjo la conformación de una armada que, a su juicio, era suficiente para afrontar con ciertas garantías la empresa de Provenza, contrastaba con la decepción provocada por la decisión de Antoniotto Adorno respecto a su desarticulación a mediados del mes de octubre. Si bien el embajador señalaba a Carlos V que los enormes gastos que provocaba su mantenimiento, la incomparecencia de Moncada y la llegada del invierno hacían inviable la ofensiva por mar, Soria explicaba que la ineficacia de los ataques contra Francia habían incrementado las reticencias de Génova ante las previsibles represalias galas contra su tráfico comercial y, por tanto, el deseo de disminuir su participación en el conflicto bélico. En este contexto explicaba don Lope la negativa de los banqueros a hacer efectivas las cédulas de cambio si no se saldaban las deudas adquiridas con anterioridad. De esta manera, la carencia de dinero frenaba el proyecto de Moncada, llegado a Génova en noviembre, de reorganizar la armada. Así pues, ni el duque ni la comunidad de Génova mostraban, a comienzos de 1524, ningún interés en favorecer una ofensiva contra el litoral francés. En este sentido, primaron los intereses económicos y comerciales de los hombres de negocios y mercaderes [738], haciendo inútiles los esfuerzos del embajador, Hugo de Moncada y el abad de Nájera. A pesar de todo, encontraron una mayor disposición a contribuir sufragando algunas tropas de tierra [739].

Para completar la proyectada ofensiva, la toma de partido de los cantones suizos entre los contendientes tenía una especial importancia para el desarrollo de la guerra en el Milanesado. Aliados con el rey de Francia, Carlos V decidió intentar atraerlos al bando imperial. Los argumentos esgrimidos por el emperador hacían referencia a la tradicional amistad que había vinculada a dichos territorios con las Casas de Austria y Borgoña, así como al bien común de la República Cristiana. Así, era necesario poner fin a las disputas entre los príncipes cristianos para hacer frente al expansionismo turco. Éste constituía el discurso principal de las Instrucciones que se redactaron para el embajador que debía encargarse de la negociación. Esta labor recayó en Lope de Soria, quien se hallaba muy bien situado en Génova, como observatorio de la política lombarda y, por añadidura, contaba con la experiencia derivada de su actuación diplomática ante los suizos en tiempos de Fernando el Católico [740].

Según las citadas Instrucciones, firmadas en Burgos el 25 de mayo de 1524, Soria, además de insistir ante los diputados suizos en las cuestiones referidas anteriormente, debía poner énfasis en que la guerra promovida por el rey francés era injusta, y muy útil para la ofensiva desplegada por los infieles. Para hacer frente a ésta, el emperador había utilizado la ayuda que el Sacro Imperio le había otorgado para su coronación, pero, para que esta actuación fuese efectiva, se consideraba imprescindible contar con la alianza de los helvéticos. Así mismo, tenía que recabar su participación en la defensa del ducado de Milán y del conjunto de los territorios italianos, sin que hubiese impedimentos en la contratación de mercenarios. En este sentido, era conveniente que no participasen en el ejército galo, para evitar que combatiesen suizos entre sí. Si no lograba alcanzar ningún acuerdo, había de procurar, cuanto menos, que dichos territorios permaneciesen neutrales

[737] Para dar mayor fuerza a su petición, Soria apuntaba: «Yo temo que durará esta guerra». En torno a estas dificultades, véase, A. PACINI, *op. cit.*, págs. 211-214; E. PACHECO DE LEYVA, *op. cit.*, págs. 454-455, 484-487, 490.

[738] Véase la correspondencia despachada por Soria en estos meses en G. DE BAEZA, *op. cit.*, págs. 335-353.

[739] Respecto al problemático asunto de la satisfacción de los créditos, Carlos V avisaba a Lope de Soria, el 2 de marzo de 1524, del cumplimiento del pago con Ansaldo Grimaldi (CDCV, I, págs. 93-94).

[740] Así lo señalaba Pedro Mártir de Anglería al obispo de Cosenza, y añadía: «El hombre inteligente, con facilidad puede colegir de las sementeras y de los frutos de los árboles cuáles han de ser las semillas que brotarán» (*Epistolario*. Madrid 1957, IV, págs. 355-357); M. OCHOA BRUN, *op. cit.*, V, pág. 340.

a cambio del pago de pensiones compensatorias. Por último, si se mostraban pertinaces en permanecer fieles al bando francés, el embajador debía informarse de las razones que había para ello, así como hacer llegar el pesar de Carlos V por verse forzado a una guerra que enfrentaría a alemanes en el campo de batalla. Así mismo, se autorizaba al embajador a prometer a sus interlocutores la recuperación de todas las deudas que los franceses habían contraído con ellos a través de los bienes incautados a los súbditos del monarca Valois (aunque sólo podía utilizar esta vía de negociación si previamente era propuesta por los suizos)[741].

Cumplido su cometido, Lope de Soria retornó a Génova, donde continuó mediando entre Hugo de Moncada y el duque en torno a la participación de los genoveses en la conformación de una flota poderosa. Las noticias que llegaban sobre el ataque que los franceses planeaban realizar sobre el reino de Nápoles o las costas de Cataluña habían incrementado la intranquilidad y las presiones sobre Génova. Sin embargo, los intentos realizados no tuvieron un resultado distinto al obtenido en los meses precedentes. Por su parte, Carlos V reiteraba los mandatos de que no forzasen la situación hasta el extremo, sobre todo tras el estallido de una epidemia de peste en la ciudad [742].Tan sólo las noticias referidas a que el emperador preparaba una gran armada en Cartagena y de la noticia de la ida del Canciller Gattinara a Italia provocaron en Antoniotto Adorno una mayor predisposición a la colaboración, pero únicamente limitada a la empresa de Provenza[743]. El empeño de Lope de Soria de presionar hasta los límites posibles para conseguir la aportación de la flota genovesa, estaba relacionado con su convencimiento de que las campañas desarrolladas en tierra quedarían sin efecto si no se lograba derrotar a la armada francesa. Igualmente, advertía que, si no se conseguía tomar Marsella, los Fregoso podían volver sobre Génova, o bien, sufrir Saona la ofensiva gala. Los temores del embajador se hicieron realidad en los primeros días de 1525. El asedio que los franceses impusieron a la ciudad alimentaba la intranquilidad, y se incrementaban los rumores sobre el estallido de una revuelta[744]. Así, el 2 de febrero, se reunió un Consejo General, que acordó acabar con las parcialidades entre Adornos y Fregosos, deponer al duque, y diputar doce ciudadanos que entendiesen en el gobierno de Génova bajo el título de Unión. Tanto Antoniotto Adorno como el embajador decidieron aceptar esta mutación, así como el dinero que ofrecía la ciudad para su defensa, ante la ausencia de alternativas y el peligro de propiciar una situación de mayor perjuicio con su resistencia[745].

7.1.3. *La batalla de Pavía y el tratado de Madrid*

En el verano de 1523, cuando Francisco I se hallaba inmerso en los preparativos para invadir Italia, le llegó una carta de Luis de Brézé, senescal de Normandía, avisándole de un complot que el condestable de Borbón preparaba contra él. El soberano se entrevistó con su súbdito, para despejar las sospechas y se quedó relativamente intranquilo cuando, declinando acompañarle a la guerra, le comunicó que debido a su mala salud prefería quedarse en sus posesiones de Forey, en el alto Loira. En realidad Carlos III, duque de Borbón, descendiente por la rama más joven de la casa fundada en el siglo XIV por Roberto de Clermont, sexto

[741] Así mismo, don Lope debía coordinar su actuación con la desarrollada por el nuncio papal y los embajadores del rey de Inglaterra, del archiduque Fernando, del duque de Milán, y del resto de los representantes de los confederados. El original y una copia de dicha Instrucción se encuentran en AGS, PR, leg. 43, núm.10; RAH, 9/1951, núm. 31. Igualmente, Carlos V escribía a Lannoy para que aumentase el salario asignado a Soria de cincuenta ducados, puesto que no cubría los gastos (ibídem, núm. 34).

[742] En este sentido, el embajador informaba, en agosto de 1524, de la imposibilidad real por parte de los genoveses de responder a la exigencia de un mayor esfuerzo. Así mismo, el 14 de octubre, el infante don Fernando comunicaba a Soria el fracaso delas negociaciones con los suizos. En torno a estas cuestiones, véase, ibídem, 9/1953, núm. 116; G. DE BAEZA, *op. cit.*, págs. 353-360, 399-400.

[743] El condestable de Borbón envió al hijo del duque para que convenciese a su padre de la necesidad de esta contribución (*Ibídem*, págs. 362-372, 380-383; RAH, 9/1951, núm. 30).

[744] Don Lope informaba pormenorizadamente a Carlos V de los movimientos de las tropas en mar y tierra, así como de los esfuerzos personales realizados por el duque, Moncada, y él mismo para conseguir los fondos necesarios para incrementar el número de naves que compusiesen la flota aportada por Génova. Así mismo, el 30 de enero, refería cómo Hugo de Moncada había caído prisionero, junto a Bernabé Adorno, del marqués de Salucio, y del excelente comportamiento del capitán Portundo, a quien recomendaba como capitán general de las galeras (*Ibidem*, núm. 38; G. DE BAEZA, *op. cit.*, págs. 407-411, 419-421, 426-441).

[745] Esta forma de actuación mereció la aprobación de Gattinara (A. PACINI, *op. cit.*, págs. 215-217; K. BRANDI, *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen. Berichte und Studien zur Geschichte Karls V. XVII. Nach Pavia*. Göttingen 1939, pág. 208).

hijo del rey Luis IX [746], había comenzado a distanciarse de su soberano un año antes y su decisión de cambiar de señor no era una sorpresa. Fue en el otoño de 1522, cuando en la campaña que Francisco I emprendió contra del emperador en la frontera septentrional, se encomendó la vanguardia del ejército al duque de Alençón (siendo costumbre que la mandara el duque de Borbón) y la retaguardia al duque de Vendôme, mientras el propio soberano asumió la dirección de la jornada [747]. Semejante desprecio podía no haber influido demasiado, pero este desplante había de sumarse a otros enojosos incidentes en los que chocaron súbdito y soberano. Sin duda, el origen de la ruptura ha de rastrearse en los acontecimientos que siguieron a la muerte de la esposa del condestable, Susana, acaecida el 28 de abril de 1521 [748].

Susana falleció sin haber tenido hijos y su marido buscó con celeridad un nuevo matrimonio con el fin de tener la ansiada descendencia y perpetuar su Casa. Muy pronto, se habló de un posible enlace con una hermana de Carlos V, pero el condestable nunca quiso hacer oídos porque ello significaba la ruptura con su rey. Ahora bien, tales rumores y el leal comportamiento que él tuvo, le suscitaron al duque esperanzas de conseguir un matrimonio francés de sangre real. Ciertamente, existieron algunos rumores según los cuales, el Borbón rechazó el matrimonio con Luisa de Saboya, madre de Francisco I, quien estaba enamorada de él [749], pero lo cierto es que el Condestable se había creado unas aspiraciones que le llevaron a mantener una actitud amigable con Francisco I a pesar del disgusto que había sufrido por la expropiación de parte de la herencia, pues veía que podía casarse con Renée, la hermana menor de la reina, incluso llegó a enviar una embajada a Italia [750]. No obstante, todos los sueños se derrumbaron cuando, a comienzos de 1523, Francisco I le acusó públicamente de estar comprometiéndose a sus espaldas con sus enemigos, lo que negó el Condestable [751]. A pesar de todo, no llegó a romper con el rey, sino hasta el 7 de septiembre, cuando el Parlamento de París ordenó la confiscación de sus tierras. A partir de entonces, el Condestable de Borbón se convirtió en un proscrito que incitó a la rebelión contra su rey, aprovechando los ataques que sufría Francia en el norte por las tropas inglesas, y los reveses que las tropas francesas recibían en el Milanesado [752].

La noticia de la defección del condestable de Borbón, dada por el senescal de Brézé era cierta. El 4 de agosto había concluido un tratado con el emperador por el cual obtenía la mano de Leonor de Habsburgo, hermana de Carlos V, comprometiéndose a invadir Francia en cuanto el rey se encaminase al milanesado. Descubierto el complot, el Borbón no tuvo más remedio que ganar tiempo y, en otoño, huir de sus tierras para buscar la protección de la corte imperial, donde ocuparía un lugar destacado. Carlos de Borbón se encontró con que el séquito del emperador se hallaba inmerso en un amplio proceso de cambio. Llegó en el momento adecuado, pues a partir de 1523 se produjo el relevo de los personajes que dirigían la diplomacia de Carlos V, reemplazados por un nuevo elenco más acorde con la composición y estructura que se estaba realizando por estas fechas en las Casas reales. Los antiguos servidores políticos que Carlos había traído de Flandes, habían fallecido (Sauvage, Chièvres, etc.) o comenzaban a ser reemplazados por otros que repre-

[746] A. LEBAY, *Le connétable de Bourbon*. París 1904, págs. 10-25, 122 ss.

[747] J. DU BELLAY, *Correspondence du cardinal Jean du Bellay*, I, pág. 159.

[748] Desde el punto de vista jurídico, la herencia de la esposa del Borbón se componía de tres clases de posesiones: Había unas tierras (Auvergue, Clermont-en-Beauvais y Montpensier) que eran *apanages*, que se reintegraban a la Corona, cuando moría el primogénito sin descendencia. Estos territorios habían sido confirmados en una cláusula del matrimonio de Pierre de Beaujeu y de Ana de Francia (1474), pero posteriormente había sido anulado por Carlos VIII (1488) y por Luis XII (1498). Otras tierras (Bourbonnais y Châtellarault) debían de volver a la Corona en caso de faltar la descendencia masculina. Finalmente, la herencia tenía otras tierras adquiridas por los Borbones en vida (Foret, Beaujolais, Dombes) que eran patrimoniales y podían ser traspasadas en herencia independientemente del grado de parentesco y del sexo del heredero. Durante mucho tiempo, los Borbones se habían esforzado por mantener todos estos territorios unidos; pero en este momento, eran codiciados por diversos personajes importantes. Por una parte, Luisa de Saboya, madre del rey y prima de la duquesa difunta, reclamó parte de la herencia que, a su juicio, le correspondía; por su parte, el propio monarca, escaso de dineros por las muchas guerras a las que se enfrentaba, reclamó para sí los territorios que no podían ser trasmitidos en herencia. Ante la negativa del condestable de soltar tales propiedades, el proceso pasó a discutirse al parlamento de París; pero antes de que decidiera, el monarca no esperó y se apropio de las propiedades que reclamaba. (J. JACQUART, *François Ier*. París 1981, págs. 133-137).

[749] F. MIGNET, *La rivalité de François Ier et de Charles-Quint*, I, pág. 380.

[750] J. S. BREWER, J. GAIRDNER y R. H. BRODIE (eds.), *Letters and Papers, Foreing and Domestic, of the reign of Henry VIII*, III, núm. 2799.

[751] El suceso se encuentra relatado en, *Ibídem*, III, núm. 2899.

[752] R. J. KNECHT, *Renaissance, Warrior and Patron. The Reign of Francis I*. Cambridge University Press 1994, págs. 208-215.

sentaban mucho mejor los variados intereses de los territorios heredados por el emperador; así, en 1522, el duque de Sessa fue nombrado embajador ante la Santa Sede, al mismo tiempo que, Luis de Flandes, señor de Praet, era enviado a Inglaterra en sustitución del obispo Mesa, etc., todos ellos, tenían encomendada la tarea común «de favorecer por medios diplomáticos la causa de Carlos en la pugna militar que lo tenían enfrentado con Francisco I» [753].

Simultáneamente, la situación en Italia también comenzó a cambiar con celeridad. En el invierno de 1523-24 se eligió nuevo pontífice por la muerte de Adriano. Francisco I trató de presionar al cónclave, pero los candidatos franceses no tenían ninguna oportunidad de salir elegidos. Los favoritos eran Julio de Médicis y Pompeo Colonna, ambos de la facción imperial. Cuando después de cinco semanas y de numerosos escrutinios, Colonna fue rechazado, no hubo duda de que el nuevo papa sería el cardenal de Medicis, que tomó el nombre de Clemente VII [754]. Con todo, lejos de hacer la política en favor del emperador, como se esperaba, desde el principio se mostró neutral, rehusando aliarse con Carlos V o ayudándole económicamente para mantener su ejército en Lombardía.

A principios de marzo de 1524, Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles, que había reemplazado a Colonna al mando de las tropas imperiales en el norte de Italia, lanzó una ofensiva que diezmó al ejército francés, hasta el punto de que, en pocas semanas, las guarniciones de Lodi y Alejandría se rindieron. En contestación, Francisco I preparó un ejército en Avignon de 6000 infantes suizos más otro número menor de soldados reclutados en Picardía con el fin de salvar la situación desfavorable que se estaba produciendo en el norte de Italia. El 17 de octubre confirmaba a su madre como regente de Francia durante el tiempo de su ausencia y pocos días después atravesaba los Alpes. Con estas fuerzas, los franceses entraron sin dificultad en Milán, que fue abandonado por el ejército imperial en cuanto conoció la llegada de esta fuerza, si bien mantuvo la guarnición de Pavía. A su llegada, el monarca francés dudó en establecer su sede en Pavía o en Lodi; tras una serie de deliberaciones prefirió asentarse en la primera con el fin de expulsar de allí las tropas de Carlos V. Pavía era una gran fortaleza, encerrada toda ella por una muralla excepto por la parte sur, donde el río Tizino formaba una defensa natural. La ciudad estaba defendida por un ejército de 6000 soldados entre alemanes y españoles al mando de Antonio de Leyva. A principios de noviembre, los franceses comenzaron a bombardear las murallas, pero su primer asalto fue rechazado. Entonces intentaron atravesar el río Tizino y asaltar la ciudad por el sur, pero las abundantes lluvias lo impidieron dado el crecimiento del cauce. En estas circunstancias, el enfrentamiento se convirtió en un duelo de artillerías que tenía poca efectividad [755]. Para cambiar esta situación, Francisco I ordenó que un ejército de 6000 soldados, al mando del duque de Albania, marchase al sur para conquistar Nápoles. No se sabe muy bien lo que pretendió el monarca francés con esta maniobra, pero resulta muy posible que quisiera, o bien, dividir al ejército imperial, haciendo que le siguiera Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles, al ver amenazado su territorio, o bien, asustar al Papa, que se mantenía neutral, obligándole a ponerse de su lado. De cualquier manera, no consiguió ninguno de sus objetivos porque el virrey de Nápoles se mantuvo en Lombardía con su ejército, mientras que el Pontífice envió un legado, Gian Mateo Ghiberti, a ambos campos (imperial y francés) ofreciéndoles la paz, que no fue aceptada por ninguno de los contendientes. Ante semejante situación, se sucedieron numerosas escaramuzas sin resultados positivos en orden a conquistar la ciudad; pero inesperadamente, el 24 de febrero, el ejército imperial lanzaba una ofensiva que conseguía derrotar al ejército francés, cayendo prisionero el propio monarca [756].

Francisco I pensó que el emperador le liberaría rápidamente tras pagar un grueso recate en metálico; pero se equivocó. Carlos V le reclamó –entre otras cosas– el ducado de Borgoña y todos los territorios que se habían perdido tras la muerte de Carlos el Temerario en la batalla de Nancy (1477), así como los territo-

[753] M. A. OCHOA BRUN, pág. 135. Realiza un buen análisis de los primeros servidores de Carlos V (págs. 46-70) y la renovación que de ellos se llevó a cabo durante 1522-1525 (págs. 108-114, 134-136 y 144).

[754] L. PASTOR, IX, págs. 250-255.

[755] P. SANDOVAL, II, págs. 80-83; F. GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, V, págs. 218-222.

[756] La batalla de Pavía ha sido estudiada en numerosísimas ocasiones, llegando incluso a mezclar lo novelesco con lo real. Documentos originales, véanse en CODOIN, 38. Desde el punto de vista militar, véase el completo estudio que hace, C. OMAN, *A History of the Art of War in the XVIth Century*. Nueva York 1937, págs. 191-199. Así mismo, nos remitimos a las crónicas de Sandoval y Guicciardini.

rios que el propio Francisco I había ocupado en la región de Artois. Además exigía que devolviese a Enrique VIII todos los territorios que le pertenecían por derecho en el continente más que abonase las deudas que el propio Carlos había contraído con el monarca inglés. Por otra parte, Francisco I debía renunciar a todas sus reivindicaciones sobre Milán, Génova y Asti; finalmente, el emperador le exigía que le acompañase a Italia para que estuviera presente cuando recibiera la corona imperial de manos del pontífice. Todo ello se sellaría con el matrimonio del Delfín con la sobrina política del emperador, María de Portugal. Francisco rechazó las reivindicaciones territoriales que le presentó Carlos, pero asumía ayudarle con sus tropas en la lucha contra el infiel y en cuanto al matrimonio, proponía casarse él mismo con su Leonor [757]. Después de estar algunas semanas preso en Pizzigetone, Francisco fue trasladado a *Castel nuovo* de Nápoles, lo que presuponía un alargamiento de la prisión, por lo que el monarca francés pensó en pedir ayuda a su madre y que lo liberase; pero optó por solucionar la situación cara a cara con Carlos V, «pues tiene mucha esperanza en la misericordia y real corazón de V. M.», y solicitó que lo llevaran a Castilla, donde se encontraba éste [758].

Mientras tanto, Luisa de Saboya no se mantuvo quieta. En primer lugar, intentó introducir alguna cuña en la relación amistosa de Carlos V y Enrique VIII. El monarca inglés estaba temeroso de que el emperador firmase por su cuenta una rápida paz con Francia. En un esfuerzo por evitar esta sospecha, la regente invitó a reabrir en secreto las negociaciones entre Francia e Inglaterra interrumpidas antes de la batalla de Pavía, logrando firmar un tratado el 30 de agosto de 1525 [759]. En Italia, Luisa de Saboya fomentó la oposición a Carlos V proponiendo a Venecia y al papa una alianza que iba dirigida a expulsar las tropas imperiales de todos los territorios italianos y a liberar a su hijo [760]. Finalmente, envió una embajada a Constantinopla con el fin de firmar un acuerdo con Solimán el Magnífico, en el que éste se comprometió a enviar una escuadra al Mediterráneo occidental para atacar los territorios imperiales [761].

Mientras tanto, Carlos V insistía en que para firmar la paz y liberar al rey francés era preciso que abandonase el ducado de Borgoña. No obstante, el 11 de septiembre, estuvo a punto de perder toda fuerza de negociación al caer gravemente enfermo Francisco I y estar a punto de morir, lo que obligó a Margarita de Angulema, hermana del rey francés, a visitarlo y a negociar con el emperador en nombre del rey [762]. Carlos permaneció impasible en su demanda, por lo que, una vez recuperado de su enfermedad, Francisco se decidió aceptar (al menos externamente) los términos que le imponía y el 14 de enero de 1526 firmaba el *tratado de Madrid*, por el que se comprometía a abandonar Borgoña y a retirar sus reivindicaciones sobre Italia y Artois [763]. Así mismo, Enrique Albret renunciaba a sus pretendidos derechos sobre Navarra mientras el condestable de Borbón era restaurado en sus dominios. El monarca francés también se comprometía a entregar al Delfín y a su hijo segundo en calidad de huéspedes de Carlos como garantía de cumplimiento del contrato [764]. Una vez que Carlos V supo que el monarca francés aceptaba todas estas condiciones, se acercó a Madrid donde estuvo varios días departiendo y acompañandole. Ambos soberanos partieron juntos a Illes-

[757] Las peticiones de Carlos se encuentran en: P. SANDOVAL, II, 99-100, y la contrapartida de Francisco, en págs. 101-102. También, *Tratados Internacionales de España. Período de la preponderancia Española. Carlos V. III. Francia*, págs. 3-20.

[758] Carta de Lope de Soria a Carlos V, A. RODRÍGUEZ VILLA, *Italia desde la batalla de Pavía al saco de Roma*. Madrid 1885, pág. 58; P. SANDOVAL II, págs. 102-103. La descripción del viaje en *Ibídem*, págs. 103 ss. Sobre las negociaciones del Tratado de Madrid, M. A. OCHOA BRUN, págs. 154-157.

[759] J. J. SCARISBRICK, *Henry VIII*. Londres 1968, pág. 141.

[760] Así se lo comunicaba el abad de Nájera a Carlos V el 8 de julio de 1525. Por su parte Lope de Soria escribía: «Tengo avisos de algunas partes que andan pláticas entre el Papa, Venecianos y Florentinos y otros potentados de Italia y quieren decir que cabe en ellos el duque de Milán, para unirse todos y deshacer el exército de V. M. Y aun estorbar [para] que no venga V. M. a Italia», en A. RODRÍGUEZ VILLA, *Italia desde la batalla de Pavía al saco de Roma*, pág. 79-80. Así mismo, G. JACQUETON, *La politique extérieure de Louise de Savoie*. París 1892, págs. 155-198.

[761] E. CHARRIÈRE (Edit), *Négotiations de la France dans le Levant*, 4 vols., París 1848-1860, I, 112-118.

[762] P. SANDOVAL, II, pág. 109; P. JOURDA, *Marguerite d'Angoulême*. París 1930, I, págs. 116-117.

[763] Sobre la participación de Granvela en el tratado de Madrid y, concretamente, en estas reivindicaciones, D. ANTONY et M. HUMBERT, *Un gran ministre de Charles-Quint: Nicolas Perrenot de Granvelle, Garde des sceaux et premier conseiller d'Etat, et les comtois au service de l'Empire*. Besançon 1983, págs. 37 ss.

[764] P. SANDOVAL, II, págs. 159-160; K. BRANDI, págs. 182-184. Dos días antes, el rey francés había firmado un documento de que no cumpliría lo que iba a firmar por encontrarse coaccionado. La forma cómo se había realizado el tratado no agradó a Gattinara, quien aconsejó a Carlos V que no lo firmara. F. GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, V, págs. 316 ss.

cas donde Carlos le presentó a su hermana Leonor. Pocos días después, el 19 de febrero, los dos monarcas se despedían en Torrejón, mientras Carlos partía para Sevilla con el fin de casarse con Isabel de Portugal, Francisco iniciaba su larga jornada que desde Madrid, por Burgos, Vitoria y San Sebastián, le llevaría a Francia, siempre acompañado por Lannoy.

Como resulta fácil de suponer, en cuanto Francisco I pisó suelo francés su principal preocupación fue encontrar excusas para evadirse de los compromisos que había contraído al firmar el *tratado de Madrid*. El 12 de marzo, el embajador hispano, Luis de Praet, llegó para que ratificase dicho tratado; pero Francisco I arguyó que los poderes que traía eran insuficientes para estar como representante en dicho acto, por lo que le despidió con las manos vacías [765]; ante la insistencia del embajador, Francisco I invocó consultar a los Estados de Borgoña antes de ratificar el tratado para ver si estaban de acuerdo con la decisión que adoptado en Madrid. Todas estas excusas tenían la finalidad de ganar tiempo para cimentar relaciones diplomáticas con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede y poder enfrentarse a Carlos V.

7.2. La segunda guerra de los Habsburgo contra los Valois: de la liga de Cognac (22 de mayo 1526) a la paz de las Damas (3 de agosto de 1529)

7.2.1. *La liga de Cognac*

Enrique VIII de Inglaterra temió que con la devolución Borgoña y el matrimonio de Leonor de Habsburgo con el rey de Francia, la potencia hegemónica de Carlos V en el tablero europeo iba a ser incontestable. Ante semejante situación, la prudencia aconsejaba no hallarse sin aliados, por lo que inició un acercamiento a Francia; a su vez, Francisco I, que buscaba construir una gran coalición contra el emperador, comenzó por agradecer al monarca británico el hecho de que no hubiera atacado su reino durante el tiempo que él había estado cautivo, y como favor especial por su actitud, invitó al embajador inglés, sir Thomas Cheyney (gentilhombre de la cámara de Enrique VIII) a entrar en su Cámara tan libremente como lo hacía en la de su rey. Relaciones tan cordiales dieron como fruto la firma de un tratado secreto (el 8 de agosto de 1526) entre ambos soberanos al margen del emperador [766]. Por lo que se refiere a Santa Sede y a Venecia, Francisco I les había enviado una embajada, a finales de marzo, para persuadirles de que debían formar una *Liga* en contra del emperador [767], al mismo tiempo que nombraba su representante a Felipe Chabot para que fuera a Borgoña y reuniera los Estados en Dijon con el fin de que adoptasen la decisión, anteriormente tomada por el rey, de repudiar el *tratado de Madrid* [768]. Para afianzar esta posición, se publicó una apología, con el fin de atraerse a la opinión internacional, en la que se enfatizaba como «ley fundamental» la prohibición de enajenar al rey parte de su heredad y cambiar un territorio sin el consentimiento de sus habitantes. Francisco procuró mantener bajo juramento la lealtad a los vasallos de Borgoña, al mismo tiempo que les enviaba armas para defender en caso de que Carlos los atacase cuando se negaran a aceptarlo como señor. No obstante, todas las precauciones tomadas fueron innecesarias, porque el emperador no se hallaba en condiciones para iniciar la invasión de Borgoña: su ejército del Franco-Condado estaba falto de paga y, además, no había ayuda que recibir por parte de su tía Margarita de Austria o de su hermano Fernando. De esta manera, el sueño de Carlos V, recibido de su abuelo, de unir las «dos Borgoñas» se evaporaba para siempre [769].

El monarca francés estaba obsesionado con vengar la humillación que le había supuesto la batalla de Pavía y no reparó en medios para acrecentar las relaciones de amistad que había establecido con los distintos territorios italianos. Tales gestiones dieron su fruto y el 22 de mayo de 1526 conseguía firmar la *Sagrada Liga*

[765] H. Hauser, «Le traité de Madrid et la cession de la Bourgogne à Charles-Quint». *Revue Bourguignonne*, 22 (1912), págs. 148-153.

[766] J. S. Brewer, J. Gairdner y R. H. Brodie, eds., *Letters and Papers, Foreing and Domestic, of the reign of Henry VIII*, IV, núms. 1987, 2092, 2104 y 2135.

[767] Los embajadores del emperador en los distintos territorios italianos se lo hacían saber en numerosas cartas, cuyo estudio detenido sería prolijo realizarlos aquí, véanse RAH, colección Salazar y Castro, A-36.

[768] H. Hauser, «Le traité de Madrid et la cession de la Bourgogne à Charles-Quint», págs. 78-81.

[769] *Ibídem*, págs. 88-96.

de Cognac entre la Santa Sede, Venecia, Florencia y Sforza, mientras que Enrique VIII, aunque era considerado «protector» de *la Liga*, no fue incluido en ella. Irónicamente, Carlos V también fue invitado a adherirse, al mismo tiempo que se le imponían cuatro condiciones: devolver los hijos de Francisco I, restaurar a Sforza en el ducado de Milán, limitar el tamaño de su ejército en Italia y pagar las deudas contraídas con Enrique VIII en el plazo de tres meses [770]. El tratado de Cognac rompió los planes del emperador, quien pensaba que, una vez firmada la paz con Francia y habiendo celebrado su matrimonio con Isabel de Portugal, se encontraba libre para recibir la corona imperial de manos del pontífice en Roma y después pasar a Alemania para aplastar el movimiento de reforma religiosa iniciado por Lutero.

La unión de tan numeroso conjunto de Estados contra el emperador insufló ánimos a cada uno de ellos que veían el momento propicio para quitarse de encima el dominio imperial [771]. Los primeros en ir a la guerra fueron los Estados italianos. Creían que la hora de su independencia había llegado, pues, el ejército imperial del norte de Italia estaba sin dinero y desorganizado. En un rápido avance, las tropas de la *Liga*, al mando del duque de Urbino, capturaron Lodi y se prepararon para atacar Milán; pero tuvieron que retirarse después que el condestable de Borbón hubiera introducido tropas en la ciudad. Como la suerte de la guerra se volvió contra la Liga, Francisco I comenzó a ser criticado por no enviar ayuda a Italia, pero éste no podía, por lo que, poco tiempo después, la Liga sufría otros dos nuevos golpes: por una parte, Sforza, quien había estado defendiendo con esfuerzo el castillo de Milán, lo entregaba a los imperiales; por otra, el ejército del papa que había intentado apoderarse de Siena, era rechazado con estrépito, por lo que Clemente VII culpó a los franceses de este revés, quienes comenzaron a ser impopulares en la Curia.

En el otoño de 1526, Francisco I veía la necesidad de meter más presión al emperador si quería mantener unidos a los miembros de la *Liga de Cognac*, por lo que intentó un mayor acercamiento a Enrique VIII, al mismo tiempo que a los potentados italianos les prometía enviar un ejército, que estaba formando en Lyon, e ir él mismo a su mando antes de Navidad. Esta promesa, animó al papa hasta el punto de llegar a anatematizar a Colonna y de enviar un ejército para destruir los campos y villas pertenecientes a dicha familia. Sin embargo, a finales de noviembre, la ayuda de Francia no llegaba y Clemente VII comenzó a sentirse amenazado por distintos sitios: mientras en el sur, los Colonna habían comenzado a invadir los territorios pontificios, los landsquenetes se extendían por Mantua; la desgracia para el pontífice se culminaba con el desembarco en el puerto de Toscana de un ejército imperial al mando de Lannoy [772]. Ante las llamadas angustiosas del papa, Francisco I volvió los ojos a Inglaterra para obtener ayuda, pero Wolsey contestó que, si bien habían alentado la creación de la *Liga de Cognac*, Inglaterra se debía mantener neutral. En su desesperación, el monarca francés llegó a proponerle al rey inglés el matrimonio con su hija María, pero Enrique VIII le contestó que ya estaba comprometido con la hermana del emperador [773]. Mientras tanto, en Italia, Clemente VII se encontraba indeciso. A principio de 1527, parecía estar preparado para continuar la guerra dadas las promesas de apoyo que le hacían los diplomáticos franceses; sin embargo, cuando se percató que la ayuda francesa nunca llegaría, buscó por todos los medios hacer treguas con los distintos ejércitos que le amenazaban: Lannoy se dirigía hacia Roma desde el sur, mientras el condestable de Borbón y Frundsberg bajaban desde el norte. El 15 de marzo, Clemente VII firmaba la paz con Lannoy. En un último intento por librar al pontífice de las iras del ejército imperial, Francisco I y Enrique VIII firmaban un tratado en Westminster, en el que ambos monarcas se comprometieron a enviar una embajada a Carlos V exigiéndole la devolución de los hijos del monarca francés y el pago de las deudas al rey inglés y en caso de que no lo llevara a efecto declararle la guerra, mientras que la princesa María se casaría con Francisco I o con su hijo, el duque de Orleáns; pero la alianza llegaba demasiado tarde para solucionar la situación italiana. Ya nadie podía parar el camino hacia el sur de las tropas que mandaba el condestable de Borbón, que marchaban hacia Roma con increíble rapidez. Clemente VII, alegando que había sido engañado, intentó reorganizar la *Liga* con solo los participantes italianos, pero era demasiado tarde, ya nadie le podía salvar. El 6 de mayo de 1527

[770] K. BRANDI, págs. 188-191.

[771] El propio Lope de Soria escribía, desde Génova, como llegaban a sus oídos noticias de que los embajadores del emperador eran perseguidos por gentes del Papa en Roma (RAH, Salazar y Castro, A-38, fol. 25r).

[772] A. RODRÍGUEZ VILLA, *Italia desde la batalla de Pavía al saco de Roma*, pág. 193.

[773] J. S. BREWER, J. GAIRDNER y R. H. BRODIE, eds., *Letters and Papers, Foreing and Domestic, of the reign of Henry VIII*, IV, núms. 2606 y 2728.

se producía el *saco de Roma*. El condestable de Borbón murió en el asalto, pero sus tropas asolaron la ciudad. El papa tuvo que refugiarse con catorce cardenales en el castillo de Santángelo. El 5 de junio firmaba una humillante paz que le hacía virtualmente prisionero del emperador [774]. El primer resultado de esta novedad fue la revolución que se produjo en Florencia y el derrocamiento de la familia Médicis del gobierno [775].

7.2.2. *El colapso francés*

Carlos V rehusó liberar a los hijos de Francisco I, a pesar de las amenazas de éste y de Enrique VIII, a menos que el ejército de Lautrec abandonase primero las conquistas realizadas. Esta condición era inaceptable para el monarca francés, por lo que la guerra aparecía como inevitable. El 22 de enero de 1528, Francisco I y Enrique VIII enviaban sus respectivos heraldos al emperador citándole para un desafío [776]. Tan extraña propuesta era justificada por ambos monarcas por los recientes delitos cometidos por el emperador, incluyendo la prisión del papa. Entre los primeros sentimientos para declarar la guerra estaba el de los rehenes franceses en España (los dos hijos de Francisco I). La declaración de guerra fue seguida de una serie de rituales arcaicos como el conocido desafío a duelo [777]. El 9 de febrero Lautrec invadía el reino de Nápoles después de atravesar toda la Romaña; cruzó los Abruzzos proclamando por todas las ciudades y villas que pasaba que venía a liberarlas de la opresión imperial. A finales de abril cercaba Nápoles, al mismo tiempo que era bloqueada por una flota al mando de Felipe Doria, nieto de Andrea. Un intento por parte de los imperiales de romper el bloqueo acabó en desastre y no quedaba perspectiva de que la ciudad recibiría ayuda inmediata. Francisco I expresaba su alegría por carta a Montmorency [778]; pero la situación no era tan optimista como se la imaginaba el monarca galo. Desde hacía algún tiempo, Andrea Doria no estaba satisfecho del comportamiento que los franceses le mostraban. Como genovés, había apoyado la reivindicación que sus conciudadanos había realizado sobre que Liguria fuera puerto de Savona, lo que Francisco I había rehusado dar. Doria también se quejaba de no haber percibido ninguna recompensa por capturar a Orange en 1527, ni tampoco habían sido pagados sus gastos por la reconquista de Génova y una expedición a Cerdeña. La última ofensa que había recibido fue el nombramiento de un francés para mandar la flota que había de asediar Nápoles. En junio de 1528, Andrea se retiró a la Spezia y ordenó a su sobrino que le siguiera. Solamente entonces, Francisco I tomó en serio al genovés; es cierto que restituyó Savona al rey francés, pero Doria ya había decidido cambiar sus servicios al emperador persuadido por los servidores de éste [779].

El 4 de julio, Felipe Doria retiró su flota de la bahía de Nápoles, así que facilitó la expansión de la ciudad. Poco tiempo después, se propagaba una epidemia de cólera por el ejército de Lautrec; sus capitanes le aconsejaron retirarse a las colinas próximas donde el aire era más puro; pero Lautrec prefirió quedarse en el valle para controlar mejor la ciudad. El cólera diezmó al ejército francés y, el 17 de agosto, moría hasta el propio Lautrec [780]. Su sucesor al mando del ejército, el marqués de Saluzzo, ordenó la retirada, pero entonces se encontró con un problema mayor, la insurrección de la tropa. De esta manera, el 9 de septiembre, el príncipe de Orange podía informar a Carlos V de que la guerra en el sur de Italia había terminado; sola-

---

[774] Existe gran cantidad de bibliografía sobre el «saco de Roma», véase por todos, el trabajo de André CHASTEL, *El saco de Roma, 1527*. Madrid 1997, que además de ser un excelente estudio, aporta una amplia bibliografía. Las capitulaciones entre la Santa Sede y Carlos V en, F. GUICCIARDINI, *Il sacco di Roma*. Colonia 1758, págs. 227-239. Se estudian sus repercusiones con más detalle, *infra*, cap. 8.

[775] R. VON ALBERTINI, *Firenze, dalla Repubblica al Principato*. Torino 1995, págs. 104 ss.

[776] P. SANDOVAL, II, pág. 257: «El día, pues, de San Vicente, miércoles 22 de enero de mil y quinientos y veinte y ocho años, estando en la ciudad de Burgos el Emperador, vinieron a palacio, a las nueve de la mañana, un rey de armas del rey de Francia llamado Guyena, y otro rey de armas del rey de Inglaterra, llamado Clarenceao, y hicieron suplicar a Su Magestad que tuviese por bien de darles audiencia».

[777] Lo describe con detalle, P. SANDOVAL, II, págs. 394-408. También lo estudia, F. MIGNET, II, págs. 227 ss.

[778] F. MIGNET, II, pág. 430.

[779] V. CADENAS Y VINCENT, *El protectorado de Carlos V en Génova. La «condotta» de Andrea Doria*. Madrid 1977, págs. 63 ss; A. PACINI, *La Genova di Andrea Doria nell'Impero di Carlo V*. Florencia 1999, págs. 31-69. E. PACHECO Y DE LEIVA, *Carlos V y los Turcos en 1532. La jornada de Viena*. Madrid 1909, págs. 10-11.

[780] B. DE CHANTERAC, *Odet de Foix, vicomte de Lautrec*, págs. 110-115. V. CADENAS Y VICENT, *El fin de la República Florentina. Segunda reposición de los Medicis en Florencia por los ejércitos españoles*. Madrid 1976, págs. 103-110.

mente existían algunos focos de resistencia en Apulia y Calabria. Con todo, no era en este lugar donde solamente experimentaban retroceso los ejércitos franceses, en el norte de Italia, otro desastre esperaba a la Monarquía francesa. El 12 de septiembre, Génova ganaba su independencia con la ayuda de Andrea Doria y el 21 de octubre la guarnición francesa de Savona se sublevaba[781].

El colapso francés en Italia convenció al pontífice de que él no tenía nada que ganar si no estaba de parte del emperador. Solamente Carlos V podía ofrecerle apoyo para retornar su familia al poder de Florencia; él solamente podía detener a los luteranos alemanes y parar la expansión de los turcos por el este de Europa. En consecuencia, el 29 de junio de 1528, Clemente VII firmaba con el emperador el *tratado de Barcelona*; en él se acordaba restituir a los Medicis en el gobierno de Florencia y devolverle al papa Rávena, Cervia, Módena y Regio[782]. Clemente, por su parte, prometía la corona imperial a Carlos V y absolverle de toda responsabilidad del *saco de Roma*; así mismo, se comprometían a que se realizase la unión matrimonial entre el sobrino del Pontífice, Alejandro de Médicis, y la hija ilegítima de Carlos, Margarita de Austria[783]. Consecuencia inmediata de este tratado fue la revocación del divorcio de Enrique VIII que hizo el papa el 16 de julio, lo que provocó la caída inmediata de Wolsey[784].

En diciembre de 1528, Francisco I buscaba ansiosamente una oportunidad para reabrir las conversaciones de paz con el emperador; pero éste había confiado a su tía, Margarita de Austria, regente de los Países Bajos, las relaciones diplomáticas en el norte de Europa, habiendo firmado una tregua con Francia. Margarita no solo era tía del emperador, sino también cuñada de Luisa de Saboya, a quien sondeó a través de un secretario que envió a París para firmar la prorrogación de la tregua. Los deseos favorables que percibió en su cuñada alentaron los proyectos de Margarita, que reaccionó con cautela hasta que también supo el deseo de su sobrino Carlos de llegar a una paz definitiva y sus intenciones de pasar a Italia[785]. Solo entonces, envió un embajador a París proponiendo a Luisa de Saboya que se acercara a Cambrai para entrevistarse con ella[786]. Francisco I mostró ciertas reticencias debido a que abandonaba a sus aliados italianos y los esfuerzos, vidas y dinero que había dedicado en Italia[787]; pero la intención de su madre y la ayuda del nuncio papal allanaron las dificultades[788]. El 3 de agosto de 1529 se firmaba el tratado conocido con el nombre de *Paz de las Damas*[789], que, en sus puntos esenciales, constituía una revisión del ya mencionado *tratado de Madrid*. En consecuencia, los hijos de Francisco I fueron liberados a cambio de un rembolso económico[790].

7.3. El proyecto de «Monarchia Universalis» de Gattinara

En 1516, mucho antes de ascender al honor de convertirse en el gran canciller del emperador Carlos V, Mercurino Arborio di Gattinara hubo de refugiarse en el monasterio cartujo de Nuestra Señora de la Gracia de Bruselas debido a la persecución de sus enemigos. En sus memorias, el gran canciller presenta este acontecimiento como un acto voluntario de penitencia para dar gracias a Dios por salvar la vida en un atentado, pero lo cierto es que no había otro lugar donde pudiese hallar garantías para evitar la cárcel o el cadalso más que buscando refugio en sagrado. Se hallaba retirado en su celda de la cartuja cuando llegó la no-

[781] A. Pacini, La Genova di Andrea Doria nell'Impero di Carlo V, págs. 73 ss. V. Cadenas y Vicent, *El fin de la República Florentina*, págs. 119 ss.

[782] R. von Albertini, *Firenze. Dalla Repubblica al Principato*, págs. 179-199.

[783] L. Pastor, X, págs. 55-58. V. Cadenas y Vicent, *El fin de la República Florentina*, págs. 112-113. El emperador dio plenos poderes a Gattinara, Granvela y a Luis de Praet para que llevasen a cabo la negociación.

[784] G. R. Elton, *Reform and Reformation. England 1509-1558*. Londres 1993 (7ª edic.), págs. 99.102; J. Scarisbrick, *Henry VIII*, págs. 135 ss.

[785] G. de Boom, *Correspondance de Marguerite d'Autriche et de ses Ambassadeurs à la Cour de France concernant l'exécution du Traité de Cambray (1529-1530)*. Bruxelles. Comission Royale d'Histoire 1935, págs. 10 y 43 ss.

[786] El proceso, en F. Mignet, II, págs. 457-460.

[787] C. Terrasse, *François Ier: le roi et le régne*, 3 vols., París 1945-1970, II, págs. 116-117.

[788] V. L. Bourrilly, *Guillaume du Bellay, seigneui de Langey*. París 1905, págs. 72-74.

[789] Los acuerdos, en P. Sandoval, II, págs. 339 ss.

[790] V. Cadenas y Vicent, *El fin de la República Florentina. Segunda reposición de los Medicis en Florencia por los ejércitos españoles*, págs. 122 ss. M. François, *Le Cardinal François de Tournon*. París 1951, pág. 77; Tournon fue el encargado de revisar y ajustar este rescate.

ticia de la muerte de Fernando el Católico y unos días o semanas después, en su soledad conventual, tuvo un sueño revelador en el que contempló al joven príncipe Carlos convertido en monarca universal y «grandissimo emperador», en triunfo sobre la Cristiandad a la que, bajo su cetro, había encaminado a una nueva Edad de Oro enmarcada en la paz universal y la concordia entre los cristianos. Excitado por el feliz augurio, abandonó su encierro para entregar por escrito al joven príncipe el «chiaro presaggio del suo futuro sucesso»[791].

Gattinara entregó al soberano, en vísperas de su embarque hacia España, una *oración* en la que encadenaba dos argumentos, la solicitud de perdón y recuperación de la gracia –por ser heraldo de la fortuna– y el relato del sueño del Monarca Universal. Ambas cosas iban unidas, la visión de Carlos como émulo de Carlomagno daba noticia del favor de la Fortuna, favor que se mantendría haciendo uso de las virtudes de la liberalidad y la magnificencia. Esta obligación era más perentoria respecto a quienes servían al unísono al príncipe y a la Fortuna desvelando o revelando su unión[792]. Por otra parte, el documento no sólo era un manifiesto para recuperar la gracia perdida, pues compendiaba un conjunto de ideas y conceptos sobre la Monarquía que Mercurino Arborio defendió a lo largo de su vida. Bornate, a este respecto, indicó que el texto de la desaparecida *memoria*, tal como se expresa sinópticamente en la autobiografía[793], parece corresponderse con unos comentarios autógrafos de Gattinara a un manuscrito copiado en la cartuja de Bruselas tocante a la «Victoria de Cristo sobre el Anticristo» y unos apuntes suyos con anotaciones de la lectura de san Gregorio Magno (efectuada en la biblioteca del convento)[794]. Era una idea de Monarquía de indudable sabor *joaquinista*, pues auguraba la venida de una tercera edad, la época del espíritu en la que se entraría en un tiempo de santidad previo al juicio final. Carlos V estaba llamado a crear el Reino de Dios en la tierra[795].

Estas ideas se repitieron en el preámbulo de la famosa memoria fechada en Barcelona el 12 de julio de 1519, escrita nada más conocerse en la corte la elección imperial de Carlos V. Entonces, la situación de Gattinara era muy distinta, era el gran canciller de todas las tierras y estados del emperador y, muy levemente, le recordaba que había de seguir el «droit chemin de la monarchie pour reduire luniversel monde soubz ung pasteur». Repetía, como sugirió Bornate y él mismo parece que lo quiso dar a entender en su autobiografía, las ideas ya expresadas en 1516[796]. Obsérvese por tanto que Gattinara había ya enunciado su «idea de príncipe Cristiano» casi a renglón seguido de la *Institutio Principis Christiani* de Erasmo de Rotterdam, escrita para encauzar al joven soberano en 1515.

Aunque el rotedoramense y el piamontés disertaron en torno a la *virtud del príncipe cristiano* esto no significa que compartiesen un lenguaje y unas ideas comunes, pues les separaba una profunda distancia tanto en el plano intelectual como en el personal. Erasmo era amigo y protegido de Jean le Sauvage, una de las pocas personas a las que Gattinara calificaba claramente como enemigo en su autobiografía y que entró en el Consejo del príncipe Carlos justo cuando Mercurino fue expulsado del mismo con deshonor[797]. No son simples coincidencias, pues parece que Sauvage buscaba un mentor intelectual que enfrentase la filosofía de gobierno del equipo de Chièvres respecto a las ideas de Margarita de Saboya y el emperador Maximiliano. Lo vago y difuso de los preceptos enunciados por Erasmo, que cabe calificar como lugares comunes de moral

[791] Estos avatares los describió Gattinara en su *autobiografía*. La versión autógrafa de la misma fue editada y publicada por Carlo BORNATE, *Historia vite el gestorum per dominum magnum cancellarium (Mercurino Arborio di Gattinara, Miscellanea di Storia Italiana*, 48, Torino 1915, se relata la estancia en la Cartuja en págs. 244-270), hemos manejado también la versión italiana, quizá debida a la pluma de su sobrino y albacea Giovanni Giacomo Gattinara, depositada en el archivo familiar titulada «Vita del Gran Cancelliere Mercurino», ASV, FAG, mazzo 3, fols. 19-23.

[792] Sobre el uso de estos conceptos vid. J. HANKINS, «El humanismo y los orígenes del pensamiento político moderno», J. KRAVE, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, Madrid 1998, págs. 159-187. Era un buen momento para llamar la atención del príncipe porque, al conocerse que iba a ser coronado rey de España correspondió dando grandes muestras de liberalidad, otorgando un gran número de dones y mercedes, vid. L. VITAL, *Relación del primer viaje de Carlos V a España (1517-1518)*, Madrid 1958, pág. 19.

[793] C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 266, n.4. En el fol. 21 de *Vita del Gran Cancelliere...* ASV, FAG, mazzo 3.

[794] Ambos manuscritos se conservan en ASV, FAG, mazzo 3.

[795] M. CAPELLINO, «Mercurino Arborio di Gattinara tra gioachinismo ed erasmismo», *Mercurino Arborio di Gattinara Gran Cancelliere di Carlo V. Atti del Convegno di Studi Storici (Gattinara 4-5 ottobre 1980)*, Vercelli 1982, págs. 25-43.

[796] La memoria ha sido publicada por C. BORNATE, *op. cit.*, doc. III del Apéndice, y la idea de Monarquía Universal figura en las págs. 405-406; corresponde al folio 1r-v del original conservado en ASV, FAG, mazzo 8, en la carpeta núm.10.

[797] C. AUGUSTIJN, *Erasmo de Rotterdam. Vida y obra*, Barcelona 1990, págs. 82 y 98-99; J. HUIZINGA, *Erasmo*, Barcelona 1986, I, págs. 174-177; M. BATAILLON, *Erasmo y España*, México 1976, págs. 77-82.

cristiana, contrastan con las pocas veces que desciende de lo abstracto a lo concreto. Esto se acusa en su crítica a la política dinástica, al amontonamiento de estados muy diversos en manos de un solo príncipe y al desaconsejar con firmeza la posesión de territorios geográficamente alejados unos de otros[798]. Es especialmente reveladora la dedicatoria al príncipe: «naciste para un imperio hermosísimo y destinado a otro mayor, de modo que (...) quizás tú debas trabajar para ceder alguna porción de tus dominios antes de ocuparlos»[799]. La necesidad de ceder patrimonio en aras de un bien superior, la paz, se repite y extiende de forma pormenorizada al final de la obra, insistiendo en que la salvaguarda de la misma debe llegar incluso a la renuncia del derecho[800].

El planteamiento de Gattinara era muy diferente. Al conocer la disposición de Carlos para ponerse en camino a España veía abrirse una oportunidad para su futuro, su intención era darse a conocer mediante su *oratio*, llamar su atención sobre su disponibilidad como defensor de los deseos del emperador Maximiliano I[801]. Defendía a ultranza el derecho y el deber de Carlos de heredar los títulos y patrimonio de la Casa de Habsburgo, expresándose sin ambages en una cuestión en la que los consejeros íntimos del rey manifestaban dudas y reticencias, pues temían que la acumulación de estados y señoríos desdibujaría la influencia y poder de las elites neerlandesas sobre el príncipe[802]. El letrado piamontés reivindicaba la política dinástica y patrimonial de los Habsburgo y tenía puesta la mirada en la nueva regencia de Margarita de Saboya, por eso cuando el séquito del rey de España navegaba por el canal de la Mancha salió de su refugio conventual y se presentó ante la regente para ofrecerle sus servicios. Ésta le remitió a la corte imperial y, una vez allí, pudo constatar cómo entre el emperador y su nieto mediaba un abismo. Sus esperanzas de volver a presidir el parlamento de Dôle y ver restituido su honor se disiparon y hubo de regresar a Turín, aceptando el cargo de canciller del duque de Saboya[803].

Mientras tanto, entre la corte imperial y la corte española se fue aflojando la tensión. Chièvres fue tomando conciencia de que, tarde o temprano, debería romper su política filofrancesa y apostar por la sucesión imperial dado que si Francisco I se hacía con dicha dignidad peligraría el patrimonio de Carlos I en Italia y Borgoña[804]. En ese momento, además, falleció el gran canciller Jean le Sauvage uno de los más firmes partidarios de la alianza con el rey de Francia y cabeza del grupo más filofrancés, por lo que se decidió reemplazarle por un hombre vinculado a los Habsburgo. Sin duda alguna fueron Margarita de Saboya y Maximiliano I quienes intervinieron de forma directa para nombrar a Gattinara, ambos le notificaron la decisión del soberano español y el emperador fue bastante preciso al indicarle que más allá de su cargo de «Gran Cancelliere di tutti i Regni e dominii» debía convencer a su nieto para que aceptase ser elegido rey de Romanos y sucesor del Imperio. El 8 de octubre de 1518 prestó juramento de su nuevo cargo y después de tomar posesión del mismo exhortó al soberano y sus consejeros a empeñarse a fondo en la obtención del título de rey de Romanos, esgrimiendo su necesidad en «la sola raggione che il titolo dell'Impero sia giudicato giustissimo per conseguir tutto il mondo, come quello che consta esser ordinato dall'istesso Iddio, predetto dalli Profeti, predicato dalli Apostoli et dall'istesso Christo redentor nostro»[805].

Afloraban de nuevo sus esquemas *joaquinistas*, vertidos más tarde en la memoria de 1519. Pero bajo estas ideas, se enfatiza la misión de devolver a Carlos I a la influencia de su abuelo, e insistir en que no debía renunciar a sus derechos pues su honor y la voluntad de Dios así lo demandaban. Como príncipe cristiano

---

[798] Véase el capítulo IX, «Las alianzas matrimoniales de los príncipes» en Erasmo de ROTTERDAM, *Educación del príncipe cristiano*, ed. P. JIMÉNEZ GUIJARRO, Madrid 1996, págs. 155-158.

[799] *Ibídem*, pág. 5.

[800] Vid. capítulo XI y último, *op. cit.*, pág. 172.

[801] Sobre su *idearium* vid. K. SCHUTZ, «Maximiliano y el Arte», VV.AA., *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano y los inicios de la Casa de Austria en España*, Toledo 1992, págs. 233-251.

[802] La nobleza borgoñona se había sentido marginada durante la regencia de Margarita al prescindir ésta del colegio de los grandes, el Consejo Privado, prefiriendo gobernar por medio de los consejeros de su Casa, mayoritariamente saboyanos y *franc-contois*. La hostilidad de la nobleza neerlandesa hacia Maximiliano I la ha descrito R. Fagel en su aportación en esta obra.

[803] *Vita del Gran Cancelliere*, ASV, FAG, mazzo 3, fols. 24-27. C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 267-269. Margarita de Saboya dispuso de unos poderes muy limitados, para evitar que entrasen en el gobierno de regencia sus antiguos servidores, sobre esto vid. P. ROSENFELD, art.cit., pág. 32, y E. PINCHIA, *Margherita d'Austria duchessa di Savoia (1480-1530)*, Ivrea 1931, págs. 15-17.

[804] *Vita del Gran Cancelliere*, ASV, FAG, mazzo 3, fol. 28.

[805] *Ibídem*, fol. 28.

debía acatar el Derecho, el honor del linaje y la conservación y aumento del patrimonio heredado. Carlos estaba llamado a ser emperador del mundo, entendido como *civilitas*, orbe cristiano, y ese deber era irrenunciable. De modo que, frente a lo que proponía Erasmo respecto a la renuncia, Gattinara oponía la defensa del Derecho, a la paz como bien superior oponía el honor, y a la renuncia frente a la violencia oponía la guerra para hacer que se manifestase la voluntad de Dios[806].

Es obvio que en la argumentación de Gattinara resulta difícil separar aquello que constituye una creencia sincera de lo que pudiera ser un discurso oportunista, pero de lo que no cabe duda es de que se hallaba muy lejos, intelectual y afectivamente, del «círculo» lovaniense que rodeaba al rey-príncipe y de su mentor intelectual, Erasmo de Rotterdam. A la luz de estos hechos, no es extraño que el célebre humanista roterodamense no llegase a integrarse plenamente en la corte de Carlos V y que al morir Le Sauvage dejase de cobrar su pensión y pensase que poco o nada podría obtener ya del emperador[807]. Por otra parte, las raíces «humanistas» del pensamiento de Gattinara diferían bastante de lo que Erasmo y el erasmismo representaban por aquel entonces, pues ni pertenecía al círculo de corresponsales de Erasmo, ni tenía una posición religiosa afín[808]. Gattinara tenía 51 años cuando describió su primer sueño imperial, no era un joven impresionable y tenía sobre sus espaldas un importante bagaje de experiencia y conocimientos. En sus escritos mostraba de forma palmaria su apego a las doctrinas bajo las que fue formado, muy lejos de las *bonnae litterae*, en el Studio de jurisprudencia de Turín donde tuvo como maestros y compañeros a Giacomo di San Giorgio, Claude de Seyssel, Bernardino Trotti y Tommaso Parpaglia[809].

El texto de 1519 se nos hace más reconocible teniendo en cuenta todos estos precedentes y así mismo la idea de *Monarquía Universal* que se presenta tiene un cierto sabor francés. El ambiente intelectual piamontés, del que procedía el gran canciller, se hallaba fuertemente vinculado a la cultura y la tradición cortesana francesa[810] y las relaciones con la Sorbona eran más frecuentes e intensas que con los centros italianos de Bolonia y Padua. Muchos juristas piamonteses hicieron carrera al servicio de la corte de Francia, Gattinara pudo ser uno de ellos[811], y entre los más notables se hallaba su maestro y compañero Claude de Seyssel[812].

Los itinerarios de Seyssel y Gattinara discurrieron como vidas paralelas, uno al servicio de la Casa de Valois y el otro al servicio de la de Habsburgo. De modo que las analogías entre la memoria en la que Gattinara expone su idea de *Monarchia Universalis* y la *Grand'Monarchie de France* de Seyssel van más allá de la

---

[806] Memoria de Barcelona, 12 de julio de 1519, ASV, FAG, mazzo 8 fol. 1.

[807] M. BATAILLON, *op. cit.*, pág. 83.

[808] Por erasmista entendemos en primer lugar una asignación de *bando*, aglutinado bajo el denominador común de la admiración a Erasmo, en segundo lugar una corriente espiritual de carácter intimista, intelectual, evangélica y antiescolástica. En ningún caso responde Gattinara al prototipo de erasmista, hasta 1520 no está datado su primer contacto epistolar, Erasmo escribió al gran canciller y al tesorero Villinger para recomendar a Juan Faber (M. BATAILLON, *op. cit.*, pág. 104). El humanista no debía estar al tanto del mundo cortesano porque recomendó la misma persona a dos individuos ferozmente enfrentados (Denuncia de los abusos de Villinger, efectuada por Gattinara en ASV, FAG, mazzo 9 -pero 8-). En cuanto al calificativo «erasmista» y «erasmismo» vid. M. BATAILLON, «Hacia una definición del erasmismo», *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona 2000, págs. 141-161; J. L. ABELLÁN, *El erasmismo español*, Madrid 1982, págs. 79-110; M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid 1986, I, págs. 682-690.

[809] Lo menciona en sus memorias, vid. C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 243; sobre este particular M. PAROLETTI, «Mercurino Arborio di Gattinara», *Vite e ritratti di 60 piamontesi ilustri*, Torino 1824 (fascículo sin paginar).

[810] Algunos autores han calificado a la corte de Saboya como «mediavalizante» y «pre- renacentista» vid. M. FRANÇON, *Albums poétiques de Marguerite d'Autriche*, Cambridge (Mas.)-París 1934; GH. DE BOOM, *Margherite d'Autriche, Savoie et la Pré-Renaissance*, París- Bruxelles 1935.

[811] Jean de Losne, señor de la Tremouille, trató de captar a Gattinara en 1516 para que entrase al servicio de Francisco I, G. CLARETTA, *Notice pour servir à la vie de Mercurin de Gattinara*, (*Mémoires de la societè savoisienne d'histoire et d'archeologie*, 37) Chambery 1898, pág. 68.

[812] C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 243. Claude de Seyssel era 15 años mayor que Gattinara, hasta el año 1500 fue profesor de derecho y elocuencia en la universidad de Turin. Pariente del cardenal de Amboise entró al servicio de Luis XII de Francia como miembro del Parlamento de Milán y después encabezó diversas embajadas del soberano francés a Venecia, Turin y Saboya. En 1504 era consejero real y «maître des requètes» desempeñando diversas misiones diplomáticas. Se distinguió por sus traducciones al francés de la obra de Eusebio de Cesarea, Tucídides, Diodoro de Sicilia, Apiano, Jenofonte y Séneca. Autor de obras de teología como una refutación a los valdenses o la *Moralis explicatio evangelii Lucae* (Josse Bade 1514), de Derecho como el *Speculum feudorum* (Basilea 1564) o *Problèmes d'Appien* (que refunde su pensamiento jurídico), de política como la *Grand Monarchie de France* (Paris 1519) y *De republica Galliae et regum officiis libri duo* (Estrasburgo 1548) y de historia (*Louanges du bon roi de France Louis douzième de ce nom*, París 1508). No hay muchos estudios sobre este autor, para su vida y bibliografía vid. CH. DUFAYARD, *De Claudii Seisselí Vita et operibus*, París 1892.

pura anécdota de haber visto la luz en el mismo año, 1519. Uno aconsejaba a su soberano cuando obtuvo el título imperial y el otro cuando el suyo aspiraba al mismo título. Al mismo tiempo, la correlación de sus propuestas en torno a la vinculación de Monarquía y Reforma, su adhesión a la espiritualidad de la observancia y su percepción de la necesidad de la unión en la jefatura de la Cristiandad (*unum ovile et unum pastor*), nos llevan a cuestionar el tópico de la modernidad de la Monarquía de Francisco I frente al modelo arcaico de Carlos V. Aunque en ambos casos prevalecieron los intereses dinásticos y patrimoniales, ninguno fue ajeno a los mensajes y proyectos de *Monarquía Universal*[813].

El ambiente jurídico, cultural y religioso de Turín no ofrece las claves de partida del pensamiento de ambos consejeros, y la coincidencia de sus planteamientos. Como ha señalado Capellino, las doctrinas *joaquinistas* eran conocidas y estaban muy difundidas en el área piamontesa y borgoñona, la presencia de copias, manuscritos y toda clase de textos atribuidos a Joaquín da Fiore era importante en las bibliotecas del ducado de Saboya. Gattinara estaba familiarizado con esta literatura y fue la lectura que escogió para meditar en su refugio de la cartuja de Bruselas, al mismo tiempo, las preocupaciones intelectuales de Mercurino Arborio se dirigían hacia las profecías, la magia, el significado de los sueños y quizá la cábala[814]. Sus meditaciones, a raíz de las notas a la lectura de San Gregorio Magno y de la copia de un texto atribuido a Joaquín da Fiore, a los que ya nos hemos referido, giraban en torno al curso de la Historia a la luz de la vida eterna y de la victoria sobre el Anticristo en vísperas del Juicio Final[815].

La lectura de la Biblia como una alegoría para comprender y pronosticar el curso de la Historia llevó a Joaquín de Fiore en su exégesis de las Escrituras a interpretar el devenir de la Humanidad en tres edades, marcadas por la Trinidad, la primera la del Padre, la segunda la del Hijo, la tercera la del Espíritu. La primera, la de la Ley, había sido el tiempo de la servidumbre y correspondía al tiempo de la creación, la segunda, la del Evangelio, la de la fe era el tiempo de la redención y la tercera, la del conocimiento de Dios, la del amor, que comenzaría por la reforma y la espiritualización de las instituciones de la Cristiandad[816]. La última duraría hasta el fin de los tiempos, sería como el *Sabbath* de la Humanidad y se identificaba la llegada de esta Tercera Edad a la llegada de un Monarca Universal que efectuaría la Reforma abriendo la era del Espíritu, este soberano según los lugares se ajustaba a mitos regionales, en Alemania el monarca de los últimos tiempos sería un emperador alemán, de la estirpe de Federico II de Suabia, en la Corona de Aragón la Casa

[813] Para Seyssel vide A. RENAUDET, *Préréforme et Humanisme a Paris. Pendant les premières guerres d'Italie (1494-1517)*, Ginebra 1981, págs. 555-556 y 653; introducción de J. POUJOUL a C. DE SEYSSEL, *La Monarchie de France*, París 1961; un resumen muy sucinto en J. DROZ, *Histoire des doctrines politiques en France*, París 1983, pág. 14. Para la impregnación de las ideas universalistas en las dos cortes vid. F. BOSBACH, *op. cit.*, págs. 66-75. Este autor considera que el desarrollo de estas ideas en la Corte francesa se produce en la década de 1530, consecuencia de la propaganda filohabsbúrgica y la intensidad de la pugna entre las dos casas, pero ignora que estas ideas están presentes desde la primera Guerra de Italia, que está presente en la obra de Seyssel y, sobre todo, del mucho más influyente Guillaume Postel, donde se mezclan ideas milenaristas a la noción de Monarquía y que enlazan con la cábala y las profecías joaquinistas de la *Monarquía Universal* y llega hasta la obra de Nostradamus, F. A. YATES, «Oráculo al gallo de Francia», *Ensayos reunidos*, México 1993, vol. III, págs. 196-202; M. LAZARD, «L'Image du prince dans les *memoires* de Michel de Castelnau (1520-1592): Le prince sage dans la tormente des passions religieuses», J. DUFOURNET, A. FIORATO, A. REDONDO eds., *Le pouvoir monarchique et ses supports idéologiques aux XVIe.-XVIIe. siècles*, París 1990, págs. 116-117. Por último, la polémica en torno a los derechos al Imperio y a la Monarquía Universal se mantuvo después de 1519 y Gattinara estuvo interesado en refutar los alegatos franceses, que conocía bien; vid. «Peroratio tocius operis», escrito en latín y presentado a Mercurino Arborio para su juicio, corrección y redacción final (ASV, FAG, mazzo 3).

[814] Gattinara y Anglería intercambiaban correspondencia tocante a problemas astrológicos y de pronóstico de sucesos. Hay una carta de Pedro Mártir en respuesta al Gran Canciller tocante a la amenaza que se cierne sobre Europa con la conjunción de Piscis, prevista para el año 1524 (pronosticándose un segundo Diluvio Universal). Por ella advertimos una común convicción de que algo grande iba a pasar, que ambos poseían una amplia cultura astrológica y, sobre todo, que eran lectores críticos de la obra de Giovanni Pico de la Mirandola, Pedro Mártir al gran canciller, Valladolid 13 de noviembre de 1521, CODOIN, 12, págs. 214-218. Sobre la conjunción de Piscis de 1524 y su trascendencia vid. F. DÍAZ JIMENO, *Hado y Fortuna en la España del siglo XVI*, Madrid 1987, págs. 43-73.

[815] M. CAPELLINO, art.cit., págs. 25-31; C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 266 n.4. Ambos analizan las notas y comentarios de Gattinara conservados en ASV, FAG, mazzo 3.

[816] Sobre el joaquinismo y el ambiente profético vid. E. DURÁN, J. REQUESENS, *Profecia i poder al Renaixement*, Valencia 1997 págs. 21-26 y 28-31; N. COHN, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Madrid 1981, págs. 107- 125; E. GEBHART, *L'Italie mystique*, París 1890, págs. 49-82. Una síntesis y selección bibliográfica en J. FERRATER MORA, «Joaquín de Floris, de Flora o de Fiore», *Diccionario de Filosofía*, Madrid 1981, II, pág. 1799.

de Trastamara también se identificó como el linaje elegido, mientras que en el área franco-borgoñona parece ajustarse a la del mito de la venida de un nuevo Carlomagno[817].

La idea de *Monarchia Universalis* reverdeció en una Europa sumida en un ambiente de profunda crisis religiosa. En este contexto de hipersensibilidad espiritual el pensamiento *joaquinista* cobró actualidad, aparte de los manuscritos copiados y dispersos en las bibliotecas de media Europa, es un indicio significativo la impresión en Venecia, el año 1519, de la obra capital de Joaquín de Fiore, *Concordia novi ac veteris testamenti*, a la que seguirían en 1527 la edición conjunta, sin pie de imprenta, de *Expositio in Apocalypsim* y *Psalterium decem chordarum*. Dejando a un lado la coincidencia de las fechas de edición, una con la elección imperial que tuvo expectante a Europa y la otra con la conmoción del *Sacco*, no cabe duda de que latía con fuerza la imagen escatológica y milenarista de un monarca que restauraría el orden, que pondría fin al escándalo de la corrupción de la Iglesia, expectativas de las que ni siquiera fue ajeno el propio Lutero[818].

El entorno mediato e inmediato de Gattinara se hallaba, por tanto, impregnado de un ambiente profetista y mesiánico. Nos consta que participó de él por sus lecturas, meditaciones e inquietudes intelectuales. Nos consta también que las proyectó en derredor suyo y que el profetismo marcó su trabajo y muchas de las decisiones que tomó[819]. Así mismo, en la propia Cancillería hubo manifestaciones de sus oficiales y servidores en la línea marcada por su patrono, como es el de Juan Luis Cervellón, un secretario valenciano que entró en la Cancillería en 1521 autor de *Opus pene divinum a Sacra Historia enunctum et divo Caesari Carolo Imperatori Fautissimo Dicatum* en el que utilizaba las Sagradas Escrituras para mostrar las profecías que anunciaron la llegada y los triunfos del emperador Carlos V[820].

Dejamos para ulteriores investigaciones el refuerzo que supuso para su sueño de Monarquía Universal la fascinación que le produjo el relato de las noticias de América. Un manuscrito que obraba entre sus efectos personales indicaba que el descubrimiento y conquista de las Indias probaban que la voluntad divina deseaba el imperio mundial para Carlos V. Como digo, no sé si es obra de Gattinara o de alguien cercano a él y podría situarse en un momento muy especial, de euforia y exaltación imperialista, por estar cosido a unas disposiciones autógrafas del Papa Clemente VII dictadas en el Castillo de Sant'Angelo, sitiado por las tropas imperiales y previendo una muerte cercana y violenta[821].

En consecuencia, Gattinara recogió en su densa producción memorialística algunos rasgos de la *mythis-*

---

[817] R. MANSELLI, «Età dello Spirito e profetismo tra quattrocento e cinquecento», *L'Età dello Spirito e la fine dei tempi in Gioacchino da Fiore e nel gioachimismo medievale*, San Giovanni in Fiore 1986, págs. 242-244.

[818] Lutero dedicó su manifiesto *A la nobleza cristiana de la nación alemana acerca de la reforma de la condición cristiana* del año 1520 al emperador Carlos V, en el prólogo recordaba a los emperadores Federico I y Federico II y los ponía de ejemplo para el «noble Carlos» recién elegido. M. LUTERO, *Escritos políticos*, ed. y trad. J. ABELLÁN, Madrid 1990, págs. 6-7.

[819] Hay muchos testimonios al respecto, hemos escogido algunos en fechas muy señaladas, 1520, 1523, 1526 y, su testamento, 1529. En mayo de 1520 Gattinara y Pietro Mártir de Anglería contemplaron la evolución de un cometa sobre el puerto de la Coruña. Cuando partió la corte hacia Alemania los dos intercambiaron correspondencia en torno a este fenómeno y otros que les sirviesen para tomar las decisiones oportunas con respecto a las «revoluciones» de España, curiosamente el gran canciller mostró alivio no por las victorias militares de la regencia, sino por las heladas de agosto que auguraban un cambio, enfriando las malas voluntades de los rebeldes (vid. P. M. ANGLERÍA, *Epistolario*, CODOIN, 12, correspondencia de 1520 y 1521, págs. 24- 25, 30-31, 46-47, 48-50, 214-218, 227-229). En 1523 el embajador polaco Dantisco dio cuenta del ambiente de astrólogos, soñadores y profetas que rodeaban al Gran Canciller describiéndolo en términos muy duros y despectivos (Carta a Segismundo I de Polonia, Valladolid 25 de febrero de 1523, A. FONTAN, J. AXER eds., *Españoles y polacos en la Corte de Carlos V*, Madrid 1994, págs. 153-154). El 16 de febrero de 1527 el nuncio Castiglione informaba al cardenal Salviati de la irritante costumbre de Gattinara de consultar todas las cosas a sus astrólogos, que había retrasado su viaje a Italia por indicación de uno de ellos a marzo y que le había comunicado que no habría paz en Italia hasta junio, según le había dicho otro, reproducida en C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 337 n.3. El testamento del gran canciller es el documento donde de forma más notoria afloran las inquietudes mágico-espirituales de Mercurino Arborio, dictado el 23 de julio de 1529 siguió un plan muy meditado en todos sus detalles, disponiendo la construcción de dos castillos, dos iglesias, un monasterio y un buen número de obras pías, las cuales responden a una idea de perfección cabalística, todo se detalla programado en función del significado simbólico de los números, por ejemplo, los canónigos de las dos iglesias que fundó habían de ser nueve en honor de los nueve órdenes celestes, en los monasterios habrá once monjas «ad imitationem Beata Ursulae» conmemorando las 11000 vírgenes, 7 niñas profesas en relación a los siete puñales de la Virgen, etc... Todo este simbolismo ha sido advertido y descrito por C. BORNATE, *Ricerche intorno alla vita di Mercurino Gattinara*, Novara 1899, págs. 55-96.

[820] V. XIMENO, *Escritores del Reino de Valencia*, Valencia 1747, pág. 84.

[821] BRT, MSI-75, fol. 583, sin datar.

toire francesa en torno a Carlomagno, generadas en las Guerras de Italia y su vocación imperial[822] y por otra la del monarca de la profecía joaquinista, el «emperador de los últimos tiempos»[823]. Las ideas que de forma constante aparecen en sus escritos de 1519 a 1526 se resumen en que Dios ha concedido a Carlos V la gracia de elevarlo por encima de todos los reyes, destinarlo a restaurar el Imperio de Carlomagno (y no de Federico II como marcaba la tradición alemana) y dotarle de la responsabilidad de reducir al mundo bajo un sólo pastor, exaltar la fe y reformar la Cristiandad. De forma adyacente se incluye el viaje a Italia y el Concilio, los elementos más «franceses» de su idea imperial, siendo lo primero una condición *sine quae non* para alcanzar una dignidad imperial plena (por ser Roma *caput mundi*), mientras que lo segundo se expresará sólo circunstancialmente [824].

Esto es lo que, a nuestro juicio, dotaba de significado al viaje a Italia, varias veces programado y siempre pospuesto, por el que el canciller puso todo su empeño. En fecha muy temprana, Gattinara abogó por dicho viaje e indicó que tras la elección era mejor ignorar a la Dieta y dirigirse a Roma para ser coronado por el pontífice[825]. Tras la muerte de Chièvres y la elección de Adriano VI vio cercano el sueño imperial: «En él (el Papa), a juicio de todos, Dios todopoderoso parece haber acumulado todas las gracias en favor de nuestro César, dándole a su grey un pastor tal, que por su probidad y desvelos no se encontrara otro que mejor emparejase con el Emperador. ¿Quién se atrevería a decir que no va saliendo todo conforme a los planes del César? El será el encargado de levantar hasta los cielos el prestigio del mundo cristiano, para que, después de abatir la impiedad y perfidia de los bárbaros, el orbe entero camine en pos de la enseña santísima de la cruz»[826].

En la coyuntura abierta en 1522 Carlos V hubiera debido ir a Roma para, con el Papa bajo su tutela, dirigir la Reforma[827]. Pero esto no sucedió, el viaje se pospuso indefinidamente hasta que en 1524, muerto ya Adriano VI, se suspendió[828]. En 1525, en vísperas de Pavía volvió a plantearlo y, tras la victoria, lo consideró más necesario que nunca, el rey de Francia debía ser encarcelado en Nápoles, el emperador viajaría a Italia y desde allí, con un Papa sumiso, emprendería la Reforma. Las cosas no sucedieron así, Francisco I fue llevado a España –contra el criterio del gran canciller– y se desaprovechó la ocasión dando una salida caballeresca al soberano francés[829]. Obviamente Carlos V se hallaba limitado por sus convicciones dinásticas y caballerescas, siendo incapaz de asumir un programa de Monarquía Universal que le producía perplejidad y no poca reluctancia[830]. Ante este estado de cosas, el gran canciller optó por irse. El expolio de la documen-

[822] La Casa de Valois había empleado estos argumentos desde la cabalgada de Carlos VIII en Italia, aunque cuando se manifestó con más fuerza el «imperialismo» francés fue bajo Luis XII, cuya impronta heroica quedó fuertemente grabada en el Piamonte, adhiriéndose a su gobierno milanés un buen número de letrados piamonteses. Seyssel, en los *Louanges* de 1508, al igual que el resto de los apologetas de Luis XII, contribuyeron a la difusión de la imagen del rey como «buen padre» incardinada con el lema de «Ung Dieu, Ung Roy, une Foy, une Loy» expresada por el vulgarizador de la doctrina elaborada por los letrados de la Corte, Pierre Gringore. J. C. AUBALLY, «L'Image du prince dans le théâtre de Gringore», en *Le pouvoir monarchique et ses supports idéologiques...*, pág. 175; G. ZELLER, «Les rois de France candidats à l'Empire», *Aspects de la politique française sous l'Ancien Régime*, París 1964, págs. 80-81; J. M. APOSTOLIDES, *Le roi-machine. Spectacle et politique au temps de Louis XIV*, París 1981, págs. 66-72.

[823] M. REEVES, «Joaquimist influences on the idea of a Last World Emperor», *Traditio*, 17 (1961), págs. 323-369.

[824] Memoria de 1519, ASV, FAG, mazzo 8, en la carpeta núm.10, fol. 1. editado por C. BORNATE, *op. cit.*, apéndice doc. págs. 405-413. Memorial de 1521 sobre Italia fundamento del Imperio, ASV, FAG, mazzo 8, 2 hojas autógrafas, editado por C. BORNATE, *op. cit.*, apéndice doc. págs. 429-431; Consejos al emperador, 1522, BRT, MSI-75, fols. 169-176; Consejos al emperador, septiembre-octubre 1523, ASV, FAG, mazzo 8, editado por E. GOSSART, *op. cit.*, págs. 236-258; Consejos al emperador, septiembre 1525, C. BORNATE, *op. cit.*, apéndice doc., págs. 458-476; Discurso sobre la política del emperador, julio de 1526, C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 496-514.

[825] «Vita del Gran Cancelliere Mercurino», ASV, FAG, mazzo 3 fol. 36. Insistió después, en un memorial de 1521, escrito después de la Dieta, advertía la prioridad de ir a Italia (supongo que como alternativa a España) fundamento del Imperio, C. BORNATE, *op. cit.*, apéndice doc. IX, págs. 429-431 en ASV, FAG, mazzo 8, 2 hojas autógrafas.

[826] Gattinara a Pedro Mártir, Bruselas, 7 de marzo de 1522, CODOIN, 12, págs. 252-253. Otra del 22 de julio es también muy expresiva: «Todo lo cual no hay más remedio que referir a los planes divinos, en virtud de los que el régimen del orbe entero ha sido confiado a este nuestro príncipe de extremada prudencia», *Ibídem*, págs. 269-271.

[827] Notas del Gran Canciller sobre Italia, año 1522, BRT. MSI. núm. 75, fols. 25v°-26v°; Consejos de Gattinara sobre el viaje a Italia, 1522, *Ibídem*, fols. 169-176.

[828] Mercurino Arborio a su sobrino Giovanni Bartolomeo, Burgos 11 de julio de 1524, ASV, FAG, mazzo 7.

[829] Traslado hecho por Bartolomeo Gattinara de las consideraciones escritas por Mercurino Arborio al emperador tocantes a la prisión de Francisco I, ASV, FAG, mazzo 8.

[830] El gran canciller se vio obligado a recapitular todas sus ideas, recordar las obligaciones inherentes al emperador e indicarle que su primera obligación era defender y salvar la Cristiandad, «Lo que su Md. nos ha mandado comunicar de las cosas de su estado», año 1526, BRT, MSI-75, fols. 139 a 146 y 149 a 151v°.

tación depositada en la Cancillería[831] y el visto bueno de sus astrólogos le decidieron a embarcar rumbo a Italia en marzo de 1527[832], con la intención de abandonar para siempre el servicio al emperador[833].

Los proyectos de Monarquía Universal defendidos por Gattinara hubieran podido materializarse bajo dos condiciones, que se hubiera efectuado la organización del gobierno siguiendo su criterio y que el emperador se hubiera trasladado a Italia. Respecto a lo primero ya vimos su fracaso más arriba, en cuanto a lo segundo, hemos podido apreciar como constituyó otro tema recurrente de los desencuentros entre Gattinara y el soberano con momentos como 1521, 1524 y 1525 en los que, planteado el viaje a Italia, este se pospuso por la influencia, muy superior a la suya, de ministros castellanos y flamencos. El virrey Lannoy frustró la política italiana de Gattinara y fueron sus criterios los que prevalecieron, con altibajos, hasta la crisis de mayo de 1527[834]. Prevalecieron cuando se abortó el viaje a Italia de 1524[835], en la política a seguir en Milán[836], en las relaciones con el Papa y el rey de Francia[837]. Siempre prevaleció el espíritu caballeresco y dinástico de Borgoña, sólo cuando ese talante fracasó o fue burlado y el emperador se encontró ante una situación que no sabía cómo manejar, el *Sacco* de Roma de 1527, con toda la Cristiandad expectante respecto a sus decisiones, sólo en ese momento Gattinara pudo gozar de un instante de completa confianza.

[831] Nota de lo que se ha expoliado en la Cancillería, 30 de marzo de 1527, ASV, FAG, mazzo 8.
[832] El nuncio Castiglione al cardenal Salviati, 16 de febrero de 1527, C. BORNATE, *op. cit.*, pág. 337, n. 3.
[833] C. BORNATE, *op. cit.*, págs. 337-338.
[834] L. HALKIN, G. DANSAERT, *Charles de Lannoy. Vice-Roi de Naples*, París 1935, págs. 57-97.
[835] Mercurino Arborio a su sobrino Giovanni Bartolomeo, Burgos 11 de julio de 1524, ASV, FAG, mazzo 7.
[836] Martín de Salinas al infante, Toledo 13 de enero de 1526, A. RODRÍGUEZ VILLA, *op. cit.*, págs. 470-473.
[837] Traslado hecho por Bartolomeo Gattinara de las consideraciones escritas por Mercurino Arborio al emperador tocantes a la prisión de Francisco I, ASV, FAG, mazzo 8.